

Friedrich Nietzsche

Así hablaba Zaratustra



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

Friedrich Nietzsche

Así hablaba Zaratustra



Universidad
de Guadalajara



letras
para
volar



Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2018

Director de la colección
Fernando Carlos Vevia Romero

Coordinador de la colección
Alfredo Tomás Ortega Ojeda

Autor
Friedrich Wilhelm Nietzsche

Traducción
Mariana Hernández Alvarado

Prólogo
María Yolanda Zamora Puente

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Octubre de 2018

ISBN 978-607-547-256-0



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer el mundo, enriquecer el espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara tiene el objetivo de poner a disposición de niños y jó-

venes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

9	Nietzsche... bajo tu riesgo
15	Prólogo de Zaratustra
37	Los discursos de Zaratustra
	Primera parte
39	De las tres transformaciones
43	De las cátedras de la virtud
47	De los trasmundanos
52	De los despreciadores del cuerpo
55	De las alegrías y de las pasiones
58	Del pálido delincuente
62	Del leer y el escribir
65	Del árbol de la montaña
70	De los predicadores de la muerte
73	De la guerra y el pueblo guerrero
76	Del nuevo ídolo
80	De las moscas del mercado
85	De la castidad
87	Del amigo
90	De las mil metas y de la “única” meta
94	Del amor al prójimo
97	Del camino del creador

101	De viejecillas y de jovencillas
105	De la picadura de la víbora
108	Del hijo y del matrimonio
111	De la muerte libre
116	De la virtud que hace regalos

Nietzsche... bajo tu riesgo

YOLANDA ZAMORA

Hay filósofos cuyo pensamiento ordenado, nítido, bien estructurado, permite compararlos con un vaso de agua cristalina que calma la sed, y uno bebe con confianza; un buen ejemplo de ello es sin duda Emmanuel Kant. Otros, cuya obra filosófica es intensa, apasionada e incluso por momentos (es o puede parecer) contradictoria, son como un vaso de embriagante vino rojo, que anticipa un deleite y se degusta bajo el propio riesgo. Así es Friedrich Nietzsche.

Y es que Nietzsche es, para empezar, un artista en cuya obra se realiza la síntesis de lo apolíneo y lo dionisiaco. La obra de arte no se impone, en cambio, expone, propone e invita por su dinamismo a la complicidad, con ese margen de ambigüedad y aparente contradicción que sólo se resuelve con la participación de quien la recibe. Remito a los lectores a la obra poética de Nietzsche, a sus composiciones musicales que fueron parte de su primera vocación, en ellas la voluntad de ilusión es aún más profunda que la voluntad de verdad, porque con esa ilusión se salva a sí mismo: “¡Y cómo soportaría yo ser hombre si el hombre no fuese también poeta y adivinador de enigmas y el redentor del azar!”.

Para Nietzsche, la vida, el mundo y la existencia son un fenómeno estético. No está exenta de esta característica su formulación filosófica, por momentos, épica y hasta poética, porque nace también de esa sensible y profunda exigencia de expresión que genera nuevos lenguajes.

¿El resultado? Un Nietzsche vehemente hasta la violencia, impetuoso hasta la provocación, exaltado hasta la locura, trastocante hasta poner en cuestión todos los valores.

La audacia y la vigencia de su pensamiento, a más de cien años de distancia, sigue fascinando a neófitos y eruditos, especialmente a los jóvenes que, en su frescura y auténtica búsqueda, tienen la audacia de aceptar el reto de trepar y caminar en equilibrio por esa cuerda tendida sobre el abismo en busca de respuestas, no sin asumir una sana desconfianza y la posibilidad de la sospecha, sabedores por intuición, de que “la montaña del futuro humano está de parto”.

Inmerso en la corriente vitalista, Nietzsche le canta a la vida, a la libertad, a la voluntad de poder, burlándose de aquellos que están “demasiado cansados hasta para morir”, profetizando que el destino de la débil criatura que es el hombre habrá de devenir, tarde o temprano, en la fuerza y la plenitud del superhombre, cuya presencia se anticipa ya en aquellos que son capaces de romper cadenas y crear sus propios valores: “Miren, yo les enseño el superhombre: él es ese mar”.

Y Nietzsche proclama, a voz en cuello, que Dios ha muerto, esgrimiendo una bandera que gualdrapea escandalosa con la palabra ¡ateo! (Lo imagino haciendo un guiño burlón para sí mismo, inevitablemente consciente de que, para concebir la muerte de Dios, primero debió aceptar que estaba vivo).

Y ante la muerte de Dios, el hombre sólo cuenta consigo mismo para vivir una vida plena, aquí en la tierra, y no *hinter der welt*, más allá del mundo, una vida sin culpas ni remordimientos, porque el remordimiento y la culpa se yerguen sobre la impotencia, y por ello son pésimos espectadores del pasado. “Yo creo que la redención debe consistir en transformar las culpas pasadas, cambiando las palabras ‘así fue’ por ‘así lo quise yo’”. Entonces, y sólo así, serás dueño y señor de ti mismo, y volverás a elegir vivir lo vivido, así como lo decidiste, una y otra vez.

¡Ah, qué cuidado pondríamos en nuestra vida, si supiésemos que vamos a vivirla una y otra vez, toda la eternidad en un eterno retorno! No hay tiempo para cargar sobre la espalda al *enano de la pesantez*, del que es necesario sacudirnos como se sacude el camello de toda la carga que le han echado encima:

Tres transformaciones del espíritu les menciono: cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño. Hay muchas cosas pesadas

para el espíritu. [...] Con todas estas cosas, las más pesadas de todas, carga el espíritu: semejante al camello que corre al desierto con su carga, así corre él a su desierto. Pero en lo más solitario del desierto tiene lugar la segunda transformación: en león se transforma aquí el espíritu, quiere conquistar su libertad como se conquista una presa y ser señor en su propio desierto. [...] Aquí busca a su último señor: quiere convertirse en enemigo de él y de su último dios, con el gran dragón quiere pelear para conseguir la victoria. ¿Quién es el gran dragón, al que el espíritu no quiere seguir llamando señor ni dios? “Tú debes” se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice “yo quiero”. [...] Pero díganme, hermanos míos, ¿qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha podido hacer? ¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño? Inocencia es el niño, y olvido; un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí. [...] El espíritu quiere ahora su voluntad, el retirado del mundo conquista ahora su mundo. Tres transformaciones del espíritu les he mencionado: cómo el espíritu se convirtió en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño.

Así hablaba Zaratustra, obra de madurez que presentamos en esta colección Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara, contiene la esencia de todo su pensamiento. Desde las primeras líneas que nos cautivan

va a presentarnos a Zaratustra, quien habrá de conducirnos, narrativa contada en tercera persona, por los recovecos laberínticos de la voluntad de poder, del superhombre, de la muerte de Dios, del eterno retorno: “Cuando Zaratustra tenía treinta años abandonó su patria y el lago de su patria y marchó a las montañas. Allí gozó de su espíritu y de su soledad y durante diez años no se cansó de hacerlo. Pero al fin su corazón se transformó y una mañana, levantándose con la aurora, se colocó delante del sol y le habló así: ‘¡Tú gran astro! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas!’”.

Con frecuencia, habrá que decirlo, Nietzsche es mal comprendido y peor aún citado. Al no conocer cabalmente al filósofo, se corre el riesgo de interpretarlo mal y construirnos, a capricho, un Nietzsche de acuerdo con nuestra medida; se corre el riesgo también de simplificar su pensamiento, o de repetir necedades sin fundamento sobre su vida o el supuesto alcance venal de su filosofía.

La mejor manera de amistar con él es decidiendo sumergirnos en sus libros, con el ánimo dispuesto al azoro y el criterio abierto a su pensamiento. Nietzsche nunca podrá ser disfrutado por encargo, por obligación, por exigencia de un maestro. Nietzsche se disfruta aceptando naufragar en su oleaje, ejerciendo el propio “querer”, punto de partida de toda su obra, que conforma, básicamente, la metafísica de Nietzsche. Estamos hablando no de un querer caprichoso, sino de un querer completo, pleno, asumido, no exento del com-

ponente de la razón, que nos hace libres. Pero, **¿verdaderamente eres libre** –cuestiona Nietzsche a través de Zarathustra– para sacudirte los deberes, libre para querer lo que quieres, para decidir lo que es bueno o malo para ti? ¿Verdaderamente estás listo para ser libre? “Recuerda que muchos quedan como huérfanos al sacudirse la esclavitud”. El reto del querer está en identificar lo que verdaderamente quieres. Y ante este reto, una buena parte de los seres humanos opta por entregar su libertad para que le digan qué debe hacer.

“Yo sólo creería en un Dios que supiera bailar”, declara finalmente Nietzsche, abriendo una rendija a la posibilidad lúdica de la existencia divina, “el bailarín, cuyo símbolo y compendio es el alma gozosa de sí misma”.

Así, Nietzsche invita a participar del gozo y la plenitud de la danza del universo, celebrando, una y otra vez, la vida ... la vida ... la vida ...

Prólogo de Zaratuſtra

1

Cuando Zaratuſtra tenía treinta años abandonó su patria y el lago de su patria y marchó a las montañas. Allí gozó de su espíritu y de su soledad y durante diez años no se cansó de hacerlo. Pero al fin su corazón se transformó y una mañana, levantándose con la aurora, se colocó delante del sol y le habló así:

“¡Tú gran astro! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas!

Durante diez años has venido subiendo hasta mi caverna: sin mí, mi águila y mi serpiente te habrías hartado de tu luz y de este camino.

Pero nosotros te aguardábamos cada mañana, te liberábamos de tu sobreabundancia y te bendecíamos por ello. ¡Mira! Estoy hastiado de mi sabiduría como la abeja que ha recogido demasiada miel, tengo necesidad de manos que se extiendan.

Me gustaría regalar y repartir hasta que los sabios entre los hombres hayan vuelto a regocijarse con su locura y los pobres con su riqueza.

Para ello tengo que bajar a la profundidad como haces tú al atardecer, cuando traspones el mar llevando luz incluso al submundo, ¡astro inmensamente rico!

Yo, lo mismo que tú, tengo que hundirme en mi ocaso como dicen los hombres a quienes quiero bajar. ¡Bendíceme, pues, ojo tranquilo, capaz de mirar sin envidia incluso una felicidad demasiado grande!

¡Bendice la copa que quiere desbordarse para que de ella fluya el agua de oro llevando a todas partes el resplandor de tus delicias!

¡Mira! Esta copa quiere vaciarse de nuevo, y Zaratustra quiere volver a hacerse hombre”.

Así comenzó el ocaso de Zaratustra.

2

Zaratustra bajó solo de las montañas sin encontrar a nadie. Pero cuando llegó a los bosques surgió de pronto ante él un anciano que había abandonado su santa choza para buscar raíces en el bosque. Y el anciano habló así a Zaratustra:

No me es desconocido este caminante: hace algunos años pasó por aquí. Zaratustra se llamaba; pero se ha transformado. Entonces llevabas tu ceniza a la montaña ¿quieres hoy llevar tu fuego a los valles? ¿No temes los castigos que se imponen al incendiario?

Sí, reconozco a Zaratustra. Puro es su ojo, y en su boca no se oculta náusea alguna. ¿No viene hacia acá como un bailarín?

Zaratustra está transformado, Zaratustra se ha convertido en un niño, Zaratustra es un despierto ¿qué quieres hacer ahora entre los que duermen?

En la soledad vivías como en el mar, y el mar te llevaba. Ay, ¿quieres bajar a tierra? Ay, ¿quieres volver a arrastrar tú mismo tu cuerpo?

Zaratustra respondió: “Yo amo a los hombres”.

¿Por qué, dijo el santo, me marché yo al bosque y a las soledades? ¿No fue acaso porque amaba demasiado a los hombres?

Ahora amo a Dios: a los hombres no los amo. El hombre es para mí una cosa demasiado imperfecta. El amor al hombre me mataría.

Zaratustra respondió: “¿Qué dije amor! Lo que yo llevo a los hombres es un regalo”.

No les des nada, dijo el santo. Es mejor que les quites alguna cosa y que la llesves a cuestras junto con ellos; eso será lo que más bien les hará: ¡con tal de que te haga bien a ti!

¡Y si quieres darles algo, no les des más que una limosna, y deja que además la mendiguen!

“No, respondió Zaratustra, yo no doy limosnas. No soy bastante pobre para eso”.

El santo se rio de Zaratustra y dijo: ¡Entonces cuida de que acepten tus tesoros! Ellos desconfían de los eremitas y no creen que vayamos para hacer regalos.

Nuestros pasos les suenan demasiado solitarios por sus callejas. Y cuando por las noches, estando en

sus camas, oyen caminar a un hombre mucho antes de que el sol salga, se preguntan: ¿adónde irá el ladrón?

¡No vayas a los hombres y quédate en el bosque! ¡Es mejor que vayas incluso a los animales! ¿Por qué no quieres ser tú, como yo, un oso entre los osos, un pájaro entre los pájaros?

“¿Y qué hace el santo en el bosque?”, preguntó Zaratustra. El santo respondió: Hago canciones y las canto; y, al hacerlas, río, lloro y gruño: así alabo a Dios.

Cantando, llorando, riendo y gruñendo alabo al Dios que es mi Dios. Mas ¿qué regalo es el que tú nos traes?

Cuando Zaratustra hubo oído estas palabras saludó al santo y dijo: “¿Qué podría yo darte a ti! ¡Pero déjame irme aprisa, para que no te quite nada!”. Y así se separaron, el anciano y el hombre, riendo como ríen dos muchachos.

Mas cuando Zaratustra estuvo solo, habló así a su corazón: “¿Será posible?

¡Este viejo santo en su bosque no ha oído todavía nada de que Dios ha muerto!”.

3

Cuando Zaratustra llegó a la primera ciudad, situada al borde de los bosques, encontró reunida en el mercado una gran muchedumbre, pues estaba prometida la

exhibición de un volatinero. Y Zaratustra habló así al pueblo:

Yo les enseño el superhombre. El hombre es algo que debe ser superado.

¿Qué han hecho para superarlo?

Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de sí mismos: ¿y quieren ser ustedes el reflujo de ese gran flujo y retroceder al animal más bien que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa. Y justo eso es lo que el hombre debe ser para el superhombre: una irrisión o una vergüenza dolorosa.

Han recorrido el camino que lleva desde el gusano hasta el hombre, y muchas cosas en ustedes continúan siendo gusano. En otro tiempo fueron monos, y también ahora es el hombre más mono que cualquier mono.

Y el más sabio de ustedes es tan sólo un ser escindido, híbrido de planta y fantasma. Pero ¿les mando yo que se conviertan en fantasmas o en plantas?

¡Miren, yo les enseño el superhombre!

El superhombre es el sentido de la tierra. Diga su voluntad: ¡sea el superhombre el sentido de la tierra!

¡Yo los conjuro, hermanos míos, permanezcan fieles a la tierra y no crean a quienes les hablan de esperanzas sobreterrenales! Son envenenadores, lo sepan o no.

Son despreciadores de la vida, son moribundos y están, ellos también, envenenados; la tierra está cansada de ellos. ¡Ojalá desaparezcan!

En otro tiempo el delito contra Dios era el máximo delito, pero Dios ha muerto y con Él han muerto también esos delincuentes. ¡Ahora lo más horrible es delinquir contra la tierra y apreciar las entrañas de lo inescrutable más que el sentido de la tierra!

En otro tiempo el alma miraba al cuerpo con desprecio; y ese desprecio era entonces lo más alto; el alma quería el cuerpo flaco, feo, famélico. Así pensaba escabullirse del cuerpo y de la tierra.

Oh, también esa alma era flaca, fea y famélica: ¡y la crueldad era la voluptuosidad de esa alma!

Mas ustedes también, hermanos míos, díganme: ¿qué anuncia su cuerpo de su alma? ¿No es su alma acaso pobreza y suciedad y un lamentable bienestar?

En verdad, una sucia corriente es el hombre. Es necesario ser un mar para poder recibir una sucia corriente sin volverse impuro.

Miren, yo les enseño el superhombre: él es ese mar. En él puede sumergirse su gran desprecio.

¿Cuál es la máxima vivencia que ustedes pueden tener? La hora del gran desprecio. La hora en que incluso su felicidad se les convierta en náusea y eso mismo ocurra con su razón y con su virtud.

La hora en que digan: “¡Qué importa mi felicidad! Es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar. ¡Sin embargo, mi felicidad debería justificar incluso la existencia!”.

La hora en que digan: “¡Qué importa mi razón! ¿Ansía ella el saber lo mismo que el león su alimento? ¿Es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar!”.

La hora en que digan: “¡Qué importa mi virtud! Todavía no me ha puesto furioso. ¡Qué cansado estoy de mi bien y de mi mal! ¡Todo esto es pobreza y suciedad y un lamentable bienestar!”.

La hora en que digan: “¡Qué importa mi justicia! No veo que yo sea un carbón ardiente. ¡Mas el justo es un carbón ardiente!”. La hora en que digan:

“¡Qué importa mi compasión! ¿No es la compasión acaso la cruz en la que es clavado quien ama a los hombres? Pero mi compasión no es una crucifixión”.

¿Han hablado ya así? ¿Han gritado ya así? ¡Ah, ojalá los hubiera yo oído ya gritar así!

¡No, su pecado, su moderación, es lo que clama al cielo; su mezquindad hasta en su pecado es lo que clama al cielo!

¿Dónde está el rayo que los lama con su lengua? ¿Dónde la demencia que habría que inocularlos?

Miren, yo les enseño el superhombre: ¡él es ese rayo, él es esa demencia!

Cuando Zaratustra hubo hablado así, uno del pueblo gritó: “Ya hemos oído hablar bastante del volatinero; ahora, ¡veámoslo también!”. Y todo el pueblo se rio de Zaratustra. Mas el volatinero, que creyó que aquello iba dicho por él, se puso a trabajar.

4

Mas Zaratustra contempló al pueblo y se maravilló. Luego habló así:

El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre; una cuerda sobre un abismo.

Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso caminar, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y pararse. La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un tránsito y un ocaso.

Yo amo a quienes no saben vivir de otro modo que hundiéndose en su ocaso, pues ellos son los que pasan al otro lado.

Yo amo a los grandes despreciadores, pues ellos son los grandes veneradores y flechas del anhelo hacia la otra orilla. Yo amo a quienes, para hundirse en su ocaso y sacrificarse, no buscan una razón detrás de las estrellas, sino que se sacrifican a la tierra, para que ésta llegue alguna vez a ser del superhombre. Yo amo a quien vive para conocer, y quiere conocer para que alguna vez viva el superhombre. Y quiere así su propio ocaso.

Yo amo a quien trabaja e inventa para construirle la casa al superhombre y prepara para él la tierra, el animal y la planta: pues quiere así su propio ocaso.

Yo amo a quien ama su virtud: pues la virtud es voluntad de ocaso y una flecha del anhelo.

Yo amo a quien no reserva para sí ni una gota de espíritu, sino que quiere ser íntegramente el espíritu de su virtud: avanza así en forma de espíritu sobre el puente.

Yo amo a quien de su virtud hace su inclinación y su fatalidad: quiere así, por amor a su virtud, seguir viviendo y no seguir viviendo.

Yo amo a quien no quiere tener demasiadas virtudes. Una virtud es más virtud que dos, porque es un nudo más fuerte del que se cuelga la fatalidad.

Yo amo a aquel cuya alma se prodiga, y no quiere recibir agradecimiento ni devuelve nada: pues él regala siempre y no quiere conservarse a sí mismo.

Yo amo a quien se avergüenza cuando el dado, al caer, le da suerte, y entonces se pregunta: ¿acaso soy yo un jugador que hace trampas?, pues quiere perecer.

Yo amo a quien delante de sus acciones arroja palabras de oro y cumple siempre más de lo que promete: pues quiere su ocaso.

Yo amo a quien justifica a los hombres del futuro y redime a los del pasado: pues quiere perecer a causa de los hombres del presente.

Yo amo a quien castiga a su dios porque ama a su dios: pues tiene que perecer por la cólera de su dios.

Yo amo a aquel cuya alma es profunda incluso cuando se la hiere, y que puede perecer a causa de una pequeña vivencia: pasa así de buen grado por el puente.

Yo amo a aquel cuya alma está tan llena que se olvida de sí mismo, y todas las cosas están dentro de él: todas las cosas se transforman así en su ocaso.

Yo amo a quien es de espíritu libre y de corazón libre: su cabeza no es así más que las entrañas de su corazón, pero su corazón lo empuja al ocaso.

Yo amo a todos aquellos que son como gotas pesadas que caen una a una de la oscura nube suspendida sobre el hombre: ellos anuncian que el rayo viene, y parecen como anunciadores.

Miren, yo soy un anunciador del rayo y una pesada gota que cae de la nube: mas ese rayo se llama superhombre.

5

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras contempló de nuevo el pueblo y calló: “Ahí están”, dijo a su corazón, “y se ríen: no me entienden, no soy yo la boca para estos oídos.

¿Habrá que romperles antes los oídos, para que aprendan a oír con los ojos?

¿Habrá que atronar igual que timbales y que predicadores de penitencia? ¿O acaso creen tan sólo al que balbucea?

Tienen algo de lo que están orgullosos. ¿Cómo llaman a eso que los llena de orgullo? Cultura lo llaman, es lo que los distingue de los cabreros.

Por esto no les gusta oír, referida a ellos, la palabra Desprecio. Voy a hablar, pues, a su orgullo.

Voy a hablarles de lo más despreciable: el último hombre”. Y Zaratustra habló así al pueblo:

Es tiempo de que el hombre fije su propia meta. Es tiempo de que el hombre plante la semilla de su más alta esperanza.

Todavía es bastante fértil su terreno para ello. Mas algún día ese terreno será pobre y manso, y de él no podrá ya brotar ningún árbol elevado.

¡Ay! ¡Llega el tiempo en que el hombre dejará de lanzar la flecha de su anhelo más allá del hombre, y en que la cuerda de su arco no sabrá ya vibrar!

Yo les digo: es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina. Yo les digo: ustedes tienen todavía caos dentro de ustedes.

¡Ay! Llega el tiempo en que el hombre no dará ya a luz ninguna estrella.

¡Ay! Llega el tiempo del hombre más despreciable, el incapaz ya de despreciarse a sí mismo.

¡Miren! Yo les muestro el último hombre.

“¿Qué es amor? ¿Qué es creación? ¿Qué es anhelo? ¿Qué es estrella?” —así pregunta el último hombre, y parpadea.

La tierra se ha vuelto pequeña entonces, y sobre ella da saltos el último hombre, que todo lo empequeñece. Su estirpe es indestructible, como el pulgón; el último hombre es el que más tiempo vive.

“Nosotros hemos inventado la felicidad” —dicen los últimos hombres, y parpadean.

Han abandonado las comarcas donde era duro vivir: pues la gente necesita calor. La gente ama incluso al vecino y se restriega contra él, pues necesita calor.

Enfermar y desconfiar considéranlo pecaminoso: la gente camina con cuidado. ¡Un tonto es quien sigue tropezando con piedras o con hombres!

Un poco de veneno de vez en cuando: eso produce sueños agradables. Y mucho veneno al final, para tener un morir agradable.

La gente continúa trabajando, pues el trabajo es un entretenimiento. Mas procura que el entretenimiento no canse. La gente ya no se hace ni pobre ni rica: ambas cosas son demasiado molestas. ¿Quién quiere aún gobernar? ¿Quién aún obedecer? Ambas cosas son demasiado molestas.

¡Ningún pastor y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: quien tiene sentimientos distintos marcha voluntariamente al manicomio.

“En otro tiempo todo el mundo desvariaba” —dicen los más sutiles, y parpadean.

Hoy la gente es inteligente y sabe todo lo que ha ocurrido: así no acaba nunca de burlarse. La gente continúa discutiendo, mas pronto se reconcilia; de lo contrario, ello estropea el estómago.

La gente tiene su pequeño placer para el día y su pequeño placer para la noche: pero honra la salud.

“Nosotros hemos inventado la felicidad” —dicen los últimos hombres, y parpadean.

* * *

Y aquí acabó el primer discurso de Zaratustra, llamado también “el prólogo”: pues en este punto el griterío y el regocijo de la multitud lo interrumpieron. “¡Danos ese último hombre, oh Zaratustra, —gritaban— haz de nosotros esos últimos hombres! ¡El superhombre te lo regalamos!”. Y todo el pueblo daba gritos de júbilo y chasqueaba la lengua. Pero Zaratustra se entristeció y dijo a su corazón:

No me entienden: no soy yo la boca para estos oídos.

Sin duda he vivido demasiado tiempo en las montañas, he escuchado demasiado a los arroyos y a los árboles: ahora les hablo como a los cabreros.

Inmóvil es mi alma, y luminosa como las montañas por la mañana. Pero ellos piensan que yo soy frío, y un burlón que hace chistes horribles.

Y ahora me miran y se ríen: y mientras ríen, continúan odiándome. Hay hielo en su reír.

6

Pero entonces ocurrió algo que hizo callar todas las bocas y quedar fijos todos los ojos. Entretanto, en efecto, el

volatinero había comenzado su tarea: había salido de una pequeña puerta y caminaba sobre la cuerda, la cual estaba tendida entre dos torres, colgando sobre el mercado y el pueblo. Mas cuando se encontraba justo en la mitad de su camino, la pequeña puerta volvió a abrirse y un compañero de oficio vestido de muchos colores, igual que un bufón, saltó fuera y marchó con rápidos pasos detrás del primero. “Sigue adelante, cojitranco, gritó su terrible voz, sigue adelante, ¡holgazán, impostor, cara de tísico! ¡Que no te haga yo cosquillas con mi talón! ¿Qué haces aquí entre torres? Dentro de la torre está tu sitio, en ella se te debería encerrar, ¡cierras el camino a uno mejor que tú!”. Y a cada palabra se le acercaba más y más, y cuando estaba ya a un solo paso detrás de él ocurrió aquella cosa horrible que hizo callar todas las bocas y quedar fijos todos los ojos: lanzó un grito como si fuera un demonio y saltó por encima de quien le obstaculizaba el camino. Mas éste, cuando vio que su rival lo vencía, perdió la cabeza y el equilibrio; arrojó su balancín y, más rápido que éste, se precipitó hacia abajo como un remolino de brazos y de piernas. El mercado y el pueblo parecían el mar cuando la tempestad avanza; todos huyeron apartándose y atropellándose, sobre todo allí donde el cuerpo tenía que estrellarse.

Zaratustra, en cambio, permaneció inmóvil, y justo a su lado cayó el cuerpo, maltrecho y quebrantado, pero no muerto todavía. Al poco tiempo el destrozado recobró la consciencia y vio a Zaratustra arrodillarse junto a él. “¿Qué haces aquí? —dijo por fin— desde hace

mucho sabía yo que el diablo me echaría la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno: ¿quieres tú impedírselo?”.

“Por mi honor, amigo, respondió Zaratustra, todo eso de que hablas no existe; no hay ni diablo ni infierno. Tu alma estará muerta aún más pronto que tu cuerpo; así, pues, ¡no temas ya nada!”.

El hombre alzó su mirada con desconfianza. “Si tú dices la verdad, añadió luego, nada pierdo perdiendo la vida. No soy mucho más que un animal al que, con golpes y escasa comida, se le ha enseñado a bailar”.

“No hables así, dijo Zaratustra, tú has hecho del peligro tu profesión, en ello no hay nada despreciable. Ahora pereces a causa de tu profesión: por ello voy a enterrarte con mis propias manos”.

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, el moribundo ya no respondió; pero movió la mano como si buscase la mano de Zaratustra para darle las gracias.

7

Entretanto iba llegando el atardecer, y el mercado se ocultaba en la oscuridad: el pueblo se dispersó entonces, pues hasta la curiosidad y el horror acaban por cansarse. Mas Zaratustra estaba sentado en el suelo junto al muerto, hundido en sus pensamientos: así olvidó el tiempo. Por fin se hizo de noche, y un viento frío sopló sobre el solitario. Zaratustra se levantó entonces y dijo a su corazón:

¡En verdad, una hermosa pesca ha cobrado hoy Zaratustra! No ha pescado ni un solo hombre, pero sí, en cambio, un cadáver.

Siniestra es la existencia humana, y carente aún de sentido: un bufón puede convertirse para ella en la fatalidad.

Yo quiero enseñar a los hombres el sentido de su ser: ese sentido es el superhombre, el rayo que brota de la oscura nube que es el hombre.

Mas todavía estoy muy lejos de ellos, y mi sentido no habla a sus sentidos.

Para los hombres yo soy todavía algo intermedio entre un necio y un cadáver.

Oscura es la noche, oscuros son los caminos de Zaratustra. ¡Ven, compañero frío y rígido! Te llevaré adonde voy a enterrarte con mis manos.

8

Cuando Zaratustra hubo dicho esto a su corazón, cargó el cadáver sobre sus espaldas y se puso en camino. Y no había recorrido aún cien pasos cuando se le acercó furtivamente un hombre y comenzó a susurrarle al oído y he aquí que quien hablaba era el bufón de la torre. “Vete fuera de esta ciudad, Zaratustra, dijo; aquí son demasiados los que te odian. Te odian los buenos y justos y te llaman su enemigo y su despreciador; te odian los

creyentes de la fe ortodoxa, y éstos te llaman el peligro de la muchedumbre. Tu suerte ha estado en que la gente se rio de ti: y, en verdad, hablabas igual que un bufón. Tu suerte ha estado en asociarte al perro muerto; al humillarte de ese modo te has salvado a ti mismo por hoy. Pero vete lejos de esta ciudad, o mañana saltaré por encima de ti, un vivo por encima de un muerto”. Y cuando hubo dicho esto, el hombre desapareció; pero Zaratustra continuó caminando por las oscuras callejas.

A la puerta de la ciudad encontró a los sepultureros: éstos iluminaron el rostro de Zaratustra con la antorcha, lo reconocieron y comenzaron a burlarse de él. “Zaratustra se lleva al perro muerto. ¡Bravo! ¡Zaratustra se ha hecho sepulturero! Nuestras manos son demasiado limpias para ese asado. ¿Es que Zaratustra quiere acaso robarle al diablo su bocado? ¡Vaya! ¡Suerte, y que aproveche! ¡A no ser que el diablo sea mejor ladrón que Zaratustra! ¡Y robe a los dos, y a los dos se los trague!”. Y se reían entre sí, cuchicheando.

Zaratustra no dijo ni una palabra y siguió su camino. Pero cuando llevaba andando ya dos horas, al borde de bosques y de ciénagas, había oído demasiado el hambriento aullido de los lobos, y el hambre se apoderó también de él. Por ello se detuvo junto a una casa solitaria dentro de la cual ardía una luz.

El hambre me asalta —se dijo Zaratustra— como un ladrón. En medio de bosques y de ciénagas me asalta mi hambre, y en plena noche.

Extraños caprichos tiene mi hambre. A menudo no me viene sino después de la comida, y hoy no me vino en todo el día; ¿dónde se entretuvo, pues?

Y mientras decía esto, Zaratustra llamó a la puerta de la casa. Un hombre viejo apareció; traía la luz y preguntó: “¿Quién viene a mí y a mi mal dormir?”.

“Un vivo y un muerto, dijo Zaratustra. Dame de comer y de beber, he olvidado hacerlo durante el día. Quien da de comer al hambriento reconforta su propia alma: así habla la sabiduría”.

El viejo se fue y al poco volvió y ofreció a Zaratustra pan y vino. “Mal sitio es éste para hambrientos, dijo. Por eso habito yo aquí. Animales y hombres acuden a mí, el eremita. Pero da de comer y de beber también a tu compañero, él está más cansado que tú”. Zaratustra respondió: “Mi compañero está muerto, difícilmente le persuadiré a que coma y beba”. “Eso a mí no me importa, dijo el viejo con hosquedad; quien llama a mi casa tiene que tomar también lo que le ofrezco. ¡Coman y que les vaya bien!”.

A continuación, Zaratustra volvió a caminar durante dos horas, confiando en el camino y en la luz de las estrellas: pues estaba habituado a andar por la noche y le gustaba mirar a la cara a todas las cosas que duermen. Pero cuando la mañana comenzó a despuntar, Zaratustra se encontró en lo profundo del bosque, y ningún camino se abría ya ante él. Entonces colocó al muerto en un árbol hueco, a la altura de su cabeza

—pues quería protegerlo de los lobos— y se acostó en el suelo de musgo. Enseguida se durmió, cansado el cuerpo, pero inmóvil el alma.

9

Largo tiempo durmió Zaratustra, y no sólo la aurora pasó sobre su rostro, sino también la mañana entera. Mas por fin sus ojos se abrieron; asombrado miró Zaratustra el bosque y el silencio; asombrado miró dentro de sí. Entonces se levantó con rapidez, como un marinero que de pronto ve tierra, y lanzó gritos de júbilo: pues había visto una verdad nueva, y habló así a su corazón:

Una luz ha aparecido en mi horizonte: compañeros de viaje necesito, compañeros vivos; no compañeros muertos ni cadáveres, a los cuales llevo conmigo adonde quiero.

Compañeros de viaje vivos es lo que yo necesito, que me sigan porque quieren seguirse a sí mismos e ir adonde yo quiero ir.

Una luz ha aparecido en mi horizonte: ¡no hable al pueblo Zaratustra, sino a compañeros de viaje! ¡Zaratustra no debe convertirse en pastor y perro de un rebaño!

Para incitar a muchos a apartarse del rebaño, para eso he venido. Pueblo y rebaño se irritarán contra mí; ladrón va a ser llamado por los pastores Zaratustra.

Digo pastores, pero ellos se llaman a sí mismos los buenos y justos. Digo pastores, pero ellos se llaman a sí mismos los creyentes de la fe ortodoxa.

¡Vean los buenos y justos! ¿A quién es al que más odian? Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador, al infractor; pero ése es el creador.

¡Vean los creyentes de todas las creencias! ¿A quién es al que más odian? Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador, al infractor; pero ése es el creador.

Compañeros para su camino busca el creador, y no cadáveres, ni tampoco rebaños y creyentes. Compañeros en la creación busca el creador, que escriban nuevos valores en tablas nuevas.

Compañeros busca el creador, y colaboradores en la recolección; pues todo está en él, maduro para la cosecha. Pero le faltan las cien hoces; por ello arranca las espigas y está enojado.

Compañeros busca el creador, que sepan afilar sus hoces. Aniquiladores se los llamará, y despreciadores del bien y del mal. Pero son los cosechadores y los que celebran fiestas.

Compañeros en la creación busca Zaratustra, compañeros en la recolección y en las fiestas busca Zaratustra: ¡qué tiene él que ver con rebaños y pastores y cadáveres!

Y tú, primer compañero mío, ¡descansa en paz! Bien te he enterrado en tu árbol hueco, bien te he escondido de los lobos. Pero me separo de ti, el tiempo

ha pasado. Entre aurora y aurora ha venido a mí una verdad nueva.

No debo ser pastor ni sepulturero. Y ni siquiera voy a volver a hablar con el pueblo nunca; por última vez he hablado a un muerto.

A los creadores, a los cosechadores, a los que celebran fiestas quiero unirme; voy a mostrarles el arco iris y todas las escaleras del superhombre.

Cantaré mi canción para los eremitas solitarios o en pareja; y a quien todavía tenga oídos para oír cosas inauditas, a ése voy a abrumarle el corazón con mi felicidad.

Hacia mi meta quiero ir, yo continúo mi marcha; saltaré por encima de los indecisos y de los rezagados. ¡Sea mi marcha el ocaso de ellos!

10

Esto es lo que Zaratustra dijo a su corazón cuando el sol estaba en pleno mediodía. Entonces se puso a mirar inquisitivamente hacia la altura, pues había oído por encima de sí el agudo grito de un pájaro. Y he aquí que un águila cruzaba el aire trazando amplios círculos y de él colgaba una serpiente, no como si fuera una presa, sino una amiga: pues se mantenía enroscada a su cuello.

“¡Son mis animales!, dijo Zaratustra, y se alegró de corazón. El animal más orgulloso bajo el sol, y el animal

más inteligente bajo el sol. Han salido para explorar el terreno. Quieren averiguar si Zaratustra vive todavía. En verdad,

¿vivo yo todavía?

He encontrado más peligros entre los hombres que entre los animales; peligrosos son los caminos que recorre Zaratustra. ¡Que mis animales me guíen!”

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, se acordó de las palabras del santo en el bosque, suspiró y habló así a su corazón: ¡Ojalá fuera yo más inteligente! ¡Ojalá fuera yo inteligente de verdad, como mi serpiente!

Pero pido cosas imposibles: ¡por ello pido a mi orgullo que camine siempre junto a mi inteligencia!

Y si alguna vez mi inteligencia me abandona —¡ay, le gusta escapar volando!— ¡que mi orgullo continúe volando junto con mi tontería!

Así comenzó el ocaso de Zaratustra.



Los discursos de Zaratustra

Primera parte



De las tres transformaciones

Tres transformaciones del espíritu les menciono: cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño.

Hay muchas cosas pesadas para el espíritu, para el espíritu fuerte, de carga, en el que habita la veneración: su fortaleza demanda cosas pesadas, e incluso las más pesadas de todas.

¿Qué es pesado?, así pregunta el espíritu de carga, y se arrodilla, igual que el camello, y quiere que lo carguen bien. ¿Qué es lo más pesado, héroes?, así pregunta el espíritu de carga, para que yo cargue con ello y mi fortaleza se regocije. ¿Acaso no es: humillarse para hacer daño a la propia soberbia? ¿Hacer brillar la propia tontería para burlarse de la propia sabiduría?

¿O acaso es: apartarnos de nuestra causa cuando ella celebra su victoria?

¿Subir a altas montañas para tentar al tentador?

¿O acaso es: alimentarse de las bellotas y de la hierba del conocimiento y sufrir hambre en el alma por amor a la verdad? ¿O acaso es: estar enfermo y enviar a paseo a los consoladores, y hacer amistad con sordos, que nunca oyen lo que tú quieres?

¿O acaso es: sumergirse en agua sucia cuando ella es el agua de la verdad, y no apartar de sí las frías ranas y los calientes sapos?

¿O acaso es: amar a quienes nos desprecian y tender la mano al fantasma cuando quiere causarnos miedo?

Con todas estas cosas, las más pesadas de todas, carga el espíritu de carga: semejante al camello que corre al desierto con su carga, así corre él a su desierto. Pero en lo más solitario del desierto tiene lugar la segunda transformación: en león se transforma aquí el espíritu, quiere conquistar su libertad como se conquista una presa y ser señor en su propio desierto.

Aquí busca a su último señor: quiere convertirse en enemigo de él y de su último dios, con el gran dragón quiere pelear para conseguir la victoria.

¿Quién es el gran dragón, al que el espíritu no quiere seguir llamando señor ni dios? “Tú debes” se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice “yo quiero”.

“Tú debes” le cierra el paso, brilla como el oro, es un animal escamoso, y en cada una de sus escamas brilla áureamente “¡Tú debes!”.

Valores milenarios brillan en esas escamas, y el más poderoso de todos los dragones habla así: “todos los valores de las cosas brillan en mí.

Todos los valores han sido ya creados, y yo soy todos los valores creados.

¡En verdad, no debe seguir habiendo ningún ‘Yo quiero’!”. Así habla el dragón.

Hermanos míos, ¿para qué se precisa que haya el león en el espíritu? ¿Por qué no basta la bestia de carga, que renuncia a todo y es respetuosa?

Crear valores nuevos, tampoco el león es aún capaz de hacerlo: mas crearse libertad para un nuevo crear, eso sí es capaz de hacerlo el poder del león.

Crearse libertad y un no santo incluso frente al deber: para ello, hermanos míos, es preciso el león.

Tomarse el derecho de nuevos valores, ése es el tomar más horrible para un espíritu de carga y respetuoso. En verdad, eso es para él robar, y cosa propia de un animal de rapiña.

En otro tiempo el espíritu amó el “Tú debes” como su cosa más santa: ahora tiene que encontrar ilusión y capricho incluso en lo más santo, de modo que robe el quedar libre de su amor: para ese robo se precisa el león.

Pero díganme, hermanos míos, ¿qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha podido hacer? ¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño?

Inocencia es el niño, y olvido; un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí.

Sí, hermanos míos, para el juego del crear se precisa un santo decir sí: el espíritu quiere ahora su voluntad, el retirado del mundo conquista ahora su mundo.

Tres transformaciones del espíritu les he mencionado: cómo el espíritu se convirtió en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño.

Así habló Zaratustra. Y entonces residía en la ciudad que es llamada: La Vaca Multicolor.

De las cátedras de la virtud

Le habían alabado a Zaratustra un sabio que sabía hablar bien del dormir y de la virtud: por ello, se decía, era muy honrado y recompensado, y todos los jóvenes se sentaban ante su cátedra. A él acudió Zaratustra, y junto con todos los jóvenes se sentó ante su cátedra. Y así habló el sabio:

¡Sientan respeto y pudor ante el dormir! ¡Eso es lo primero! ¡Y eviten a todos los que duermen mal y están desvelados por la noche!

Incluso el ladrón siente pudor ante el dormir: siempre roba a hurtadillas y en silencio por la noche. En cambio, el vigilante nocturno carece de pudor, sin pudor alguno vagabundea con su trompeta.

Dormir no es arte pequeño: se necesita, para ello, estar desvelado el día entero.

Diez veces tienes que superarte a ti mismo durante el día: esto produce una fatiga buena y es adormidera del alma. Diez veces tienes que volver a reconciliarte a ti contigo mismo; pues la superación es amargura, y mal duerme el que no se ha reconciliado.

Diez verdades tienes que encontrar durante el día: de otro modo, sigues buscando la verdad durante la noche, y tu alma ha quedado hambrienta.

Diez veces tienes que reír durante el día, y regocijarte: de lo contrario, el estómago, ese padre de la tribulación, te molesta en la noche.

Pocos saben esto: pero es necesario tener todas las virtudes para dormir bien.

¿Diré yo falso testimonio? ¿Cometeré yo adulterio?

¿Me dejaré llevar a desear la sierva de mi prójimo?

Todo esto se avendría mal con el buen dormir.

Y aunque se tengan todas las virtudes, es necesario entender aún de una cosa: de mandar a dormir a tiempo a las virtudes mismas.

¡Para que no disputen entre sí esas lindas mujercitas! ¡Y sobre ti, desventurado!

Paz con Dios y con el vecino: así lo quiere el buen dormir. ¡Y paz incluso con el demonio del vecino! De lo contrario, rondará en tu casa por la noche.

¡Honor y obediencia a la autoridad, incluso a la autoridad torcida!

¡Así lo quiere el buen dormir! ¿Qué puedo yo hacer si al poder le gusta caminar sobre piernas torcidas?

Para mí el mejor pastor será siempre aquel que lleva sus ovejas al prado más verde: esto se aviene con el buen dormir.

No quiero muchos honores, ni grandes tesoros: eso inflama el bazo. Pero se duerme mal sin un buen nombre y un pequeño tesoro.

Una compañía escasa me agrada más que una malvada: sin embargo, tiene que venir e irse en el momento oportuno. Esto se aviene con el buen dormir.

Mucho me agradan también los pobres de espíritu: fomentan el sueño. Son bienaventurados, especialmente si se les da siempre la razón.

Así transcurre el día para el virtuoso. ¡Mas cuando la noche llega me guardo bien de llamar al dormir! ¡El dormir, que es el señor de las virtudes, no quiere que lo llamen!

Sino que pienso en lo que yo he hecho y he pensado durante el día. Rumiano me interrogo a mí mismo, paciente igual que una vaca: ¿cuáles han sido, pues, tus diez superaciones?

¿Y cuáles han sido las diez reconciliaciones, y las diez verdades, y las diez carcajadas con que mi corazón se hizo bien a sí mismo?

Reflexionando sobre estas cosas, y mecido por cuarenta pensamientos, de repente me asalta el dormir, el no llamado, el señor de las virtudes.

El dormir llama a la puerta de mis ojos: éstos se vuelven entonces pesados.

El dormir toca mi boca: ésta queda entonces abierta.

En verdad, con suave calzado viene a mí él, el más encantador de los ladrones, y me roba mis pensamientos: entonces yo me quedo en pie como un tonto, igual que esta cátedra.

Pero no estoy así durante mucho tiempo: en seguida me acuesto.

Mientras Zaratustra oía hablar así a aquel sabio se reía en su corazón: pues una luz había aparecido entre tanto en su horizonte. Y habló así a su corazón:

Un necio es para mí este sabio con sus cuarenta pensamientos: pero yo creo que entiende bien de dormir.

¡Feliz quien habite en la cercanía de este sabio! Se mejante dormir se contagia, aun a través de un espeso muro se contagia. Un hechizo mora también en su cátedra. Y no en vano se han sentado los jóvenes ante el predicador de la virtud.

Su sabiduría dice: velar para dormir bien. Y en verdad, si la vida careciera de sentido y yo tuviera que elegir un sinsentido, éste sería para mí el sinsentido más digno de que se lo eligiera.

Ahora comprendo claramente lo que en otro tiempo se buscaba ante todo cuando se buscaban maestros de virtud. ¡Buen dormir es lo que se buscaba, y, para ello, virtudes que fueran como adormideras!

Para todos estos alabados sabios de las cátedras era sabiduría el dormir sin soñar: no conocían mejor sentido de la vida.

Y todavía hoy hay algunos como este predicador de la virtud, y no siempre tan honestos: pero su tiempo ha pasado. Y no hace mucho que están en pie: y ya se tienden.

Bienaventurados son estos somnolientos: pues no tardarán en quedar dormidos.

De los trasmundanos

En otro tiempo también Zaratustra proyectó su ilusión más allá del hombre, lo mismo que todos los trasmundanos. Obra de un dios sufriente y atormentado me parecía entonces el mundo.

Sueño me parecía entonces el mundo, e invención poética de un dios; humo coloreado ante los ojos de un ser divinamente insatisfecho.

Bien y mal, y placer y dolor, y yo y tú, humo coloreado me parecía todo eso ante ojos creadores. El creador quiso apartar la vista de sí mismo; entonces creó el mundo.

Ebrio placer es, para quien sufre, apartar la vista de su sufrimiento y perderse a sí mismo. Ebrio placer y un perderse a sí mismo me pareció en otro tiempo el mundo.

Este mundo, eternamente imperfecto, imagen, e imagen imperfecta, de una contradicción eterna, un ebrio placer para su imperfecto creador: así me pareció en otro tiempo el mundo.

Y así también yo proyecté en otro tiempo mi ilusión más allá del hombre, lo mismo que todos los trasmundanos. ¿Más allá del hombre, en verdad?

¡Ay, hermanos, ese dios que yo creé era obra humana y demencia humana, como todos los dioses!

Hombre era, y nada más que un pobre fragmento de hombre y de yo: de mi propia ceniza y de mi propia brasa surgió ese fantasma, y, ¡en verdad!, ¡no vino a mí desde el más allá!

¿Qué ocurrió, hermanos míos? Yo me superé a mí mismo, al ser que sufría, yo llevé mi ceniza a la montaña, inventé para mí una llama más luminosa.

¡Y he aquí que el fantasma se me desvaneció!

Sufrimiento sería ahora para mí, y tormento para el curado, creer en tales fantasmas: sufrimiento sería ahora para mí, y humillación. Así hablo yo a los trasmundanos.

Sufrimiento fue, e impotencia, lo que creó todos los trasmundos; y aquella breve demencia de la felicidad que sólo experimenta el que más sufre de todos.

Fatiga, que de un solo salto quiere llegar al final, de un salto mortal, una pobre fatiga ignorante, que ya no quiere ni querer: ella fue la que creó todos los dioses y todos los trasmundos.

¡Créanme, hermanos míos! Fue el cuerpo el que desesperó del cuerpo, con los dedos del espíritu trastornado palpaba las últimas paredes.

¡Créanme, hermanos míos! Fue el cuerpo el que desesperó de la tierra, oyó que el vientre del ser le hablaba.

Y entonces quiso meter la cabeza a través de las últimas paredes, y no sólo la cabeza; quiso pasar a “aquel mundo”. Pero “aquel mundo” está bien oculto a los ojos

del hombre, aquel inhumano mundo deshumanizado, que es una nada celeste; y el vientre del ser no habla en modo alguno al hombre, a no ser en forma de hombre.

En verdad, todo “ser” es difícil de demostrar, y difícil resulta hacerlo hablar. Díganme, hermanos míos, ¿no es acaso la más extravagante de todas las cosas la mejor demostrada?

Sí, este yo y la contradicción y confusión del yo continúan hablando acerca de su ser del modo más honesto, este yo que crea, que quiere, que valora, y que es la medida y el valor de las cosas.

Y este ser honestísimo, el yo, habla del cuerpo, y continúa queriendo el cuerpo, aun cuando poetice y fantasee y revolotee de un lado para otro con rotas alas.

El yo aprende a hablar con mayor honestidad cada vez: y cuanto más aprende, tantas más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra.

Mi yo me ha enseñado un nuevo orgullo, y yo se lo enseño a los hombres: ¡a dejar de esconder la cabeza en la arena de las cosas celestes, y a llevarla libremente, una cabeza terrena, la cual es la que crea el sentido de la tierra!

Una nueva voluntad enseño yo a los hombres: ¡querer ese camino que el hombre ha recorrido a ciegas, y llamarlo bueno y no volver a salirse a hurtadillas de él, como hacen los enfermos y moribundos!

Enfermos y moribundos eran los que despreciaron el cuerpo y la tierra y los que inventaron las cosas celes-

tes y las gotas de sangre redentoras: ¡pero incluso estos dulces y sombríos venenos los tomaron del cuerpo y de la tierra!

De su miseria querían escapar, y las estrellas les parecían demasiado lejanas. Entonces suspiraron: “¡Oh, si hubiera caminos celestes para deslizarse furtivamente en otro ser y en otra felicidad!”, ¡entonces se inventaron sus caminos furtivos y sus pequeños brebajes de sangre!

Entonces estos ingratos se imaginaron estar sustraídos a su cuerpo y a esta tierra. Sin embargo, ¿a quién debían las convulsiones y delicias de su éxtasis? A su cuerpo y a esta tierra.

Indulgente es Zaratustra con los enfermos. En verdad, no se enoja con sus especies de consuelo y de ingratitud. ¡Que se transformen en convalecientes y en superadores, y que se creen un cuerpo superior!

Tampoco se enoja Zaratustra con el convaleciente si éste mira con delicadeza hacia su ilusión y a medianoche se desliza furtivamente en torno a la tumba de su dios: mas enfermedad y cuerpo enfermo continúan siendo para mí también sus lágrimas.

Mucho pueblo enfermo ha habido siempre entre quienes poetizan y tienen la manía de los dioses; odian con furia al hombre del conocimiento y a aquella virtud, la más joven de todas, que se llama: honestidad.

Vuelven siempre la vista hacia tiempos oscuros: entonces, ciertamente, ilusión y fe eran cosas distintas; el

delirio de la razón era semejanza con Dios, y la duda era pecado.

Demasiado bien conozco a estos hombres semejantes a Dios: quieren que se crea en ellos, y que la duda sea pecado. Demasiado bien sé igualmente qué es aquello en lo que más creen ellos mismos.

En verdad, no en trasmundos ni en gotas de sangre redentora: sino que es en el cuerpo en lo que más creen, y su propio cuerpo es para ellos su cosa en sí.

Pero cosa enfermiza es para ellos el cuerpo: y con gusto escaparían de él. Por eso escuchan a los predicadores de la muerte, y ellos mismos predicán trasmundos.

Es mejor que oigan, hermanos míos, la voz del cuerpo sano: es ésta una voz más honesta y más pura.

Con más honestidad y con más pureza habla el cuerpo sano, el cuerpo perfecto y cuadrado: y habla del sentido de la tierra.

De los despreciadores del cuerpo

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles mi palabra. No deben aprender ni enseñar otras doctrinas, sino tan sólo decir adiós a su propio cuerpo, y así enmudecer.

“Cuerpo soy yo y alma”, así habla el niño. ¿Y por qué no hablar como los niños?

Pero el despierto, el sapiente, dice: cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa; y alma es sólo una palabra para designar algo en el cuerpo.

El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.

Instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, a la que llamas “espíritu”, un pequeño instrumento y un pequeño juguete de tu gran razón.

Dices “yo” y estás orgulloso de esa palabra. Pero esa cosa aún más grande, en la que tú no quieres creer; tu cuerpo y su gran razón: ésa no dice yo, pero hace yo.

Lo que el sentido siente, lo que el espíritu conoce, eso nunca tiene dentro de sí su final. Pero sentido y espíritu querrían persuadirte de que ellos son el final de todas las cosas: tan vanidosos son.

Instrumentos y juguetes son el sentido y el espíritu: tras ellos se encuentra todavía el sí-mismo. El sí-mismo busca también con los ojos de los sentidos, escucha también con los oídos del espíritu.

El sí-mismo escucha siempre y busca siempre: compara, subyuga, conquista, destruye. El sí-mismo domina y es el dominador también del yo.

Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un soberano poderoso, un sabio desconocido, llámase sí-mismo. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo.

Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría. ¿Y quién sabe para qué necesita tu cuerpo precisamente tu mejor sabiduría?

Tu sí-mismo se ríe de tu yo y de sus orgullosos saltos. “¿Qué son para mí esos saltos y esos vuelos del pensamiento?, se dice. Un rodeo hacia mi meta. Yo soy las andaderas del yo y el apuntador de sus conceptos”.

El sí-mismo dice al yo: “¡siente dolor aquí!”. Y el yo sufre y reflexiona sobre cómo dejar de sufrir, y justo para ello debe pensar.

El sí-mismo dice al yo: “¡siente placer aquí!”. Y el yo se alegra y reflexiona sobre cómo seguir gozando a menudo, y justo para ello debe pensar.

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles una palabra. Su despreciar constituye su apreciar. ¿Qué es lo que creó el apreciar y el despreciar y el valor y la voluntad?

El sí-mismo creador se creó para sí el apreciar y el despreciar, se creó para sí el placer y el dolor. El cuerpo creador se creó para sí el espíritu como una mano de su voluntad.

Incluso en su tontería y en su desprecio, despreciadores del cuerpo, sirven a su sí-mismo. Yo les digo: también su sí-mismo quiere morir y se aparta de la vida. Ya no es capaz de hacer lo que más quiere: crear por encima de sí. Eso es lo que más quiere, ése es todo su ardiente deseo.

Para hacer esto, sin embargo, es ya demasiado tarde para él: por ello su sí-mismo quiere hundirse en su ocaso, despreciadores del cuerpo.

¡Hundirse en su ocaso quiere su sí-mismo, y por ello se convirtieron ustedes en despreciadores del cuerpo! Pues ya no son capaces de crear por encima de ustedes.

Y por eso se enojan ahora contra la vida y contra la tierra. Una inconsciente envidia hay en la oblicua mirada de su desprecio.

¡Yo no voy por su camino, despreciadores del cuerpo! ¡Ustedes no son para mí puentes hacia el superhombre!

De las alegrías y de las pasiones

Hermano mío, si tienes una virtud, y esa virtud es la tuya, entonces no la tienes en común con nadie. Ciertamente, tú quieres llamarla por su nombre y acariciarla; quieres tirarle de la oreja y divertirte con ella.

¡Y he aquí que tienes su nombre en común con el pueblo y que, con tu virtud, te has convertido en pueblo y en rebaño! Harías mejor en decir:

“Inexpresable y sin nombre es aquello que constituye el tormento y la dulzura de mi alma, y que es incluso el hambre de mis entrañas”.

Sea tu virtud demasiado alta para la familiaridad de los nombres: y si tienes que hablar de ella, no te avergüences de balbucear al hacerlo.

Habla y balbucea así: “Éste es mi bien, esto es lo que yo amo, así me agrada del todo, únicamente así quiero yo el bien. No lo quiero como ley de un Dios, no lo quiero como precepto y forzosidad de los hombres: no sea para mí una guía hacia super-tierras y hacia paraísos.

Una virtud terrena es la que yo amo: en ella hay poca inteligencia, y lo que menos hay es la razón de todos.

Pero ese pájaro ha construido en mí su nido: por ello lo amo y lo aprieto contra mi pecho; ahora incuba en mí sus áureos huevos”.

Así debes balbucir y alabar tu virtud.

En otro tiempo tenías pasiones y las llamabas malvadas. Pero ahora no tienes más que tus virtudes: han surgido de tus pasiones.

Pusiste tu meta suprema en el corazón de aquellas pasiones: entonces se convirtieron en tus virtudes y alegrías.

Y aunque fueras de la estirpe de los coléricos o de la de los lujuriosos, o de los fanáticos de su fe o de los vengativos:

Al final todas tus pasiones se convirtieron en virtudes y todos tus demonios en ángeles.

En otro tiempo tenías perros salvajes en tu mazmorra: pero al final se transformaron en pájaros y en amables cantoras.

De tus venenos has extraído tu bálsamo, has ordenado a tu vaca Tribulación; ahora bebes la dulce leche de sus ubres. Y ninguna cosa malvada surgirá ya de ti en el futuro, a no ser el mal que surja de la lucha de tus virtudes.

Hermano mío, si eres afortunado tienes una sola virtud, y nada más que una: así atraviesas con mayor ligereza el puente.

Es una distinción tener muchas virtudes, pero es una pesada suerte; y más de uno se fue al desierto y se

mató porque estaba cansado de ser batalla y campo de batalla de virtudes.

Hermano mío, ¿son males la guerra y la batalla? Pero ese mal es necesario; necesarios son la envidia y la desconfianza y la calumnia entre tus virtudes.

Mira cómo cada una de tus virtudes codicia lo más alto de todo: quiere tu espíritu íntegro, para que éste sea su heraldo, quiere toda tu fuerza en la cólera, en el odio y en el amor.

Celosa está cada virtud de la otra, y cosa horrible son los celos. También las virtudes pueden perecer de celos.

Aquel a quien la llama de los celos lo circunda acaba volviendo contra sí mismo el aguijón envenenado, igual que el escorpión.

Ay, hermano mío, ¿no has visto nunca todavía a una virtud calumniarse y acuchillarse a sí misma?

El hombre es algo que tiene que ser superado: y por ello tienes que amar tus virtudes; pues perecerás a causa de ellas.

Del pálido delincuente

¿Ustedes, jueces y sacrificadores, no quieren matar hasta que el animal haya inclinado la cabeza? Miren, el pálido delincuente ha inclinado la cabeza: en sus ojos habla el gran desprecio.

“Mi yo es algo que debe ser superado: mi yo es para mí el gran desprecio del hombre”: así dicen esos ojos.

El haberse juzgado a sí mismo constituyó su instante supremo: ¡no dejen que el excelso recaiga en su bajeza!

No hay redención alguna para quien sufre tanto de sí mismo, excepto la muerte rápida.

Su matar, jueces, debe ser compasión y no venganza. ¡Y mientras matan, cuiden de que ustedes mismos justifiquen la vida!

No basta con que se reconcilien con aquel a quien matan. Su tristeza sea amor al superhombre: ¡así justifican su seguir viviendo!

“Enemigo” deben decir, pero no “bellaco”; “enfermo” deben decir, pero no “bribón”; “tonto” deben decir, pero no “pecador”.

Y tú, rojo juez, si alguna vez dijeras en voz alta todo lo que has hecho con el pensamiento: todo el mundo gritaría: “¡Fuera esa inmundicia y ese gusano venenoso!”.

Pero una cosa es el pensamiento, otra la acción, y otra la imagen de la acción. La rueda del motivo no gira entre ellas. Una imagen puso pálido a ese pálido hombre. Cuando realizó su acción él estaba a la altura de ella: mas no soportó la imagen de su acción, una vez cometida ésta.

Desde aquel momento, pues, se vio siempre como autor de una sola acción. Demencia llamo yo a eso: la excepción se invirtió, convirtiéndose para él en la esencia.

La raya trazada sobre el suelo hechiza a la gallina; el golpe dado por el delincuente hechizó su pobre razón, demencia después de la acción llamo yo a eso.

¡Oigan, jueces! Existe todavía otra demencia: la de antes de la acción. ¡Ay, no me han penetrado bastante profundamente en esa alma!

Así habla el rojo juez: “¿por qué este delincuente asesinó? Quería robar”. Mas yo les digo: su alma quería sangre, no robo: ¡él estaba sediento de la felicidad del cuchillo!

Pero su pobre razón no comprendía esa demencia y le persuadió. “¡Qué importa la sangre!, dijo; ¿no quieres al menos cometer también un robo?

¿Tomarte una venganza?”.

Y él escuchó a su pobre razón: como plomo pesaba el discurso de ella sobre él; entonces robó, al asesinar. No quería avergonzarse de su demencia.

Y ahora el plomo de su culpa vuelve a pesar sobre él, y de nuevo su pobre razón está igual de rígida, igual de paralizada, igual de pesada.

Con sólo que pudiera sacudir su cabeza, su peso rodaría al suelo: mas ¿quién sacude esa cabeza?

¿Qué es ese hombre? Un montón de enfermedades, que a través del espíritu se extienden por el mundo: allí quieren hacer su botín.

¿Qué es ese hombre? Una maraña de serpientes salvajes, que rara vez tienen paz entre sí; y entonces cada una se va por su lado, buscando botín en el mundo.

¡Miren ese pobre cuerpo! Lo que él sufría y codiciaba, esa pobre alma lo interpretaba para sí; lo interpretaba como placer asesino y como ansia de la felicidad del cuchillo.

A quien ahora se pone enfermo asáltalo el mal, lo que ahora es mal: el enfermo quiere causar daño con aquello que a él le causa daño. Pero ha habido otros tiempos, y otros males y bienes.

En otro tiempo eran un mal la duda y la voluntad de sí mismo. Entonces el enfermo se convertía en hereje y en bruja: como hereje y como bruja sufría y quería hacer sufrir.

Pero esto no quiere entrar en sus oídos: perjudica a sus buenos, me decís. ¡Mas qué me importan a mí sus buenos!

Muchas cosas de sus buenos me producen náuseas, y, en verdad, no su mal. ¡Pues yo quisiera que tuvieran

una demencia a causa de la cual perecieran, como ese pálido delincuente!

En verdad, yo quisiera que su demencia se llamara verdad o fidelidad o justicia: pero ellos tienen su virtud para vivir largo tiempo y en un lamentable bienestar.

Yo soy un pretil junto a la corriente: ¡agárreme el que pueda agarrarme!

Pero yo no soy su muleta.

Del leer y el escribir

De todo lo escrito yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre.

Escribe tú con sangre: y te darás cuenta de que la sangre es espíritu.

No es cosa fácil el comprender la sangre ajena: yo odio a los ociosos que leen.

Quien conoce al lector no hace ya nada por el lector. Un siglo de lectores todavía, y hasta el espíritu olerá mal.

El que a todo el mundo le sea lícito aprender a leer corrompe a la larga no sólo el escribir, sino también el pensar.

En otro tiempo el espíritu era Dios, luego se convirtió en hombre, y ahora se convierte incluso en plebe.

Quien escribe con sangre y en forma de sentencias, ése no quiere ser leído, sino aprendido de memoria.

En las montañas el camino más corto es el que va de cumbre a cumbre: mas para ello tienes que tener piernas largas. Cumbres deben ser las sentencias: y aquellos a quienes se habla, hombres altos y robustos.

El aire ligero y puro, el peligro cercano y el espíritu lleno de una alegre maldad: estas cosas se avienen bien.

Quiero tener duendes a mi alrededor, pues soy valeroso. El valor que ahuyenta los fantasmas se crea sus propios duendes; el valor quiere reír.

Yo ya no tengo sentimientos en común con ustedes: esa nube que veo por debajo de mí, esa negrura y pesadez de que me río; cabalmente ésa es su nube tempestuosa.

Ustedes miran hacia arriba cuando desean elevación. Y yo miro hacia abajo, porque estoy elevado.

¿Quién de ustedes puede a la vez reír y estar elevado? Quien asciende a las montañas más altas se ríe de todas las tragedias, de las del teatro y de las de la vida.

Valerosos, despreocupados, irónicos, violentos, así nos quiere la sabiduría: es una mujer y ama siempre únicamente a un guerrero.

Ustedes me dicen: “la vida es difícil de llevar”. Mas ¿para qué tendrían su orgullo por las mañanas y su resignación por las tardes?

La vida es difícil de llevar: ¡no se me pongan tan delicados! Todos nosotros somos guapos, borricos y pollinas de carga.

¿Qué tenemos nosotros en común con el capullo de la rosa, que tiembla porque tiene encima de su cuerpo una gota de rocío?

Es verdad: nosotros amamos la vida no porque estamos habituados a vivir, sino porque estamos habituados a amar.

Siempre hay algo de demencia en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la demencia.

Y también a mí, que soy bueno con la vida, parece que quienes más saben de felicidad son las ma-

riposas y las burbujas de jabón, y todo lo que entre los hombres es de su misma especie.

Ver revolotear esas almitas ligeras, locas, encantadoras, volubles, eso hace llorar y cantar a Zaratustra.

Yo no creería más que en un dios que supiera bailar.

Y cuando vi a mi demonio lo encontré serio, grave, profundo, solemne: era el espíritu de la pesadez, él hace caer a todas las cosas.

No con la cólera, sino con la risa se mata. ¡Adelante, matemos el espíritu de la pesadez!

He aprendido a andar: desde entonces me dedico a correr. He aprendido a volar: desde entonces no quiero ser empujado para moverme de un sitio.

Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo a mí mismo por debajo de mí, ahora un dios baila por medio de mí.

Del árbol de la montaña

El ojo de Zaratustra había visto que un joven lo evitaba. Y cuando una tarde caminaba solo por los montes que rodean la ciudad llamada “La Vaca Multicolor”: he aquí que encontró en su camino a aquel joven, sentado junto a un árbol en el que se apoyaba y mirando al valle con mirada cansada. Zaratustra agarró el árbol junto al cual estaba sentado el joven y dijo:

Si yo quisiera sacudir este árbol con mis manos, no podría. Pero el viento, que nosotros no vemos, lo maltrata y lo dobla hacia donde quiere. Manos invisibles son las que peor nos doblan y maltratan.

Entonces el joven se levantó consternado y dijo: “Oigo a Zaratustra, y en él estaba precisamente pensando”. Zaratustra replicó:

“¿Y por eso te has asustado?, al hombre le ocurre lo mismo que al árbol.

Cuanto más quiere elevarse hacia la altura y hacia la luz, tanto más fuertemente tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo oscuro, lo profundo; hacia el mal”.

“¡Sí, hacia el mal!, exclamó el joven. ¿Cómo es posible que tú hayas descubierto mi alma?”.

Zaratustra sonrió y dijo: “A ciertas almas no se las descubrirá nunca a no ser que antes se las invente”.

“¡Sí, hacia el mal!, volvió a exclamar el joven.

Tú has dicho la verdad, Zaratustra. Desde que quiero elevarme hacia la altura ya no tengo confianza en mí mismo, y ya nadie tiene confianza en mí; ¿cómo ocurrió esto?

Me transformo demasiado rápidamente: mi hoy refuta a mi ayer. A menudo salto los escalones cuando subo; esto no me lo perdona ningún escalón.

Cuando estoy arriba, siempre me encuentro solo. Nadie habla conmigo, el frío de la soledad me hace estremecer. ¿Qué es lo que quiero yo en la altura?

Mi desprecio y mi anhelo crecen juntos; cuanto más alto subo, tanto más desprecio al que sube. ¿Qué es lo que quiere éste en la altura?

¡Cómo me avergüenzo de mi subir y tropezar!
¡Cómo me burlo de mi violento jadear! ¡Cómo odio al que vuela! ¡Qué cansado estoy en la altura!”

Aquí el joven calló. Y Zaratustra miró detenidamente el árbol junto al que se hallaban y dijo:

“Este árbol se encuentra solitario aquí en la montaña; ha crecido muy por encima del hombre y del animal.

Y si quisiera hablar, no tendría a nadie que lo comprendiera: tan alto ha crecido.

Ahora él aguarda y aguarda; ¿a qué aguarda, pues? Habita demasiado cerca del asiento de las nubes: ¿acaso aguarda el primer rayo?”

Cuando Zaratustra hubo dicho esto el joven exclamó con ademanes violentos: “Sí, Zaratustra, tú dices verdad. Cuando yo quería ascender a la altura, anhelaba mi caída, ¡y tú eres el rayo que yo aguardaba! Mira, ¿qué soy yo desde que tú nos has aparecido? ¡La envidia de ti es lo que me ha destruido!”, así dijo el joven, y lloró amargamente.

Mas Zaratustra lo rodeó con su brazo y se lo llevó consigo. Y cuando habían caminado un rato juntos, Zaratustra comenzó a hablar así:

Mi corazón está desgarrado. Aún mejor que tus palabras es tu ojo el que me dice todo el peligro que corres.

Todavía no eres libre, todavía buscas la libertad. Tu búsqueda te ha vuelto insomne y te ha desvelado demasiado. Quieres subir a la altura libre, tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad.

Tus perros salvajes quieren libertad; ladran de placer en su cueva cuando tu espíritu se propone abrir todas las prisiones.

Para mí eres todavía un prisionero que se imagina la libertad: ay, el alma de tales prisioneros se torna inteligente, pero también astuta y mala.

El liberado del espíritu tiene que purificarse todavía. Muchos restos de cárcel y de moho quedan aún en él: su ojo tiene que volverse todavía puro.

Sí, yo conozco tu peligro. Mas por mi amor y mi esperanza te conjuro: ¡no arrojes de ti tu amor y tu esperanza!

Todavía te sientes noble, y noble te sienten todavía también los otros, que te detestan y te lanzan miradas malvadas. Sabe que un noble les es a todos un obstáculo en su camino.

También a los buenos un noble les es un obstáculo en su camino: y aunque lo llamen bueno, con ello lo que quieren es apartarlo a un lado.

El noble quiere crear cosas nuevas y una nueva virtud. El bueno quiere las cosas viejas, y que se conserven.

Pero el peligro del noble no es volverse bueno, sino insolente, burlón, destructor.

Ay, yo he conocido nobles que perdieron su más alta esperanza. Y desde entonces calumniaron todas las esperanzas elevadas.

Desde entonces han vivido insolentemente en medio de breves placeres, y apenas se trazaron metas de más de un día.

“El espíritu es también voluptuosidad”, así dijeron. Y entonces se le quebraron las alas a su espíritu: éste se arrastra ahora de un sitio para otro y mancha todo lo que roe.

En otro tiempo pensaron convertirse en héroes: ahora son libertinos.

Pesadumbre y horror es para ellos el héroe.

Mas por mi amor y mi esperanza te conjuro: ¡no arrojes al héroe que hay en tu alma! ¡Conserva santa tu más alta esperanza!

De los predicadores de la muerte

Hay predicadores de la muerte: y la tierra está llena de seres a quien hay que predicar que se alejen de la vida.

Llena está la tierra de superfluos, corrompida está la vida por los demasiados. ¡Ojalá los saque alguien de esta vida con el atractivo de la “vida eterna”!

“Amarillos”: así se llama a los predicadores de la muerte, o “negros”. Pero yo quiero mostrárselos todavía con otros colores.

Ahí están los seres terribles, que llevan dentro de sí el animal de presa y no pueden elegir más que o placeres o autolaceración. E incluso sus placeres continúan siendo autolaceración.

Aún no han llegado ni siquiera a ser hombres, esos seres terribles: ¡ojalá prediquen el abandono de la vida y ellos mismos se vayan a la otra!

Ahí están los tuberculosos del alma: apenas han nacido y ya han comenzado a morir, y anhelan doctrinas de fatiga y de renuncia.

¡Querrían estar muertos, y nosotros deberíamos aprobar su voluntad!

¡Guardémonos de resucitar a esos muertos y de lastimar a esos ataúdes vivientes!

Si encuentran un enfermo, o un anciano, o un cadáver, enseguida dicen: “¡la vida está refutada!”.

Pero sólo están refutados ellos, y sus ojos, que no ven más que un solo rostro en la existencia.

Envueltos en espesa melancolía, y ávidos de los pequeños incidentes que ocasionan la muerte: así es como aguardan, con los dientes apretados.

O extienden la mano hacia las confituras y, al hacerlo, se burlan de su niñería: penden de esa caña de paja que es su vida y se burlan de seguir todavía pendientes de una caña de paja.

Su sabiduría dice: “¡tonto es el que continúa viviendo, mas también nosotros somos así de tontos! ¡Y ésta es la cosa más tonta en la vida!”.

“La vida no es más que sufrimiento”, esto dicen otros, y no mienten: ¡así, pues, procuren acabar ustedes! ¡Así, pues, procuren que acabe esa vida que no es más que sufrimiento!

Y diga así la enseñanza de su virtud: “¡tú debes matarte a ti mismo! ¡Tú debes quitarte de en medio a ti mismo!”.

“La voluptuosidad es pecado; así dicen los unos, que predicán la muerte,

¡apartémonos y no engendremos hijos!”.

“Dar a luz es cosa ardua; dicen los otros, ¿para qué dar a luz? ¡No se da a luz más que seres desgraciados!”. Y también éstos son predicadores de la muerte.

“Compasión es lo que hace falta, así dicen los terceros. ¡Tomen lo que yo tengo! ¡Tomen lo que yo soy! ¡Tanto menos me atará así la vida!”

Si fueran compasivos de verdad, quitarían a sus prójimos el gusto de la vida.

Ser malvados, ésa sería su verdadera bondad.

Pero ellos quieren librarse de la vida: ¡qué les importa el que, con sus cadenas y sus regalos, aten a otros más fuertemente todavía!

Y también ustedes, para quienes la vida es trabajo salvaje e inquietud: ¿no están muy cansados de la vida? ¿No están muy maduros para la predicación de la muerte?

Todos ustedes que aman el trabajo salvaje y lo rápido, nuevo, extraño; se soportan mal a ustedes mismos, su diligencia es huida y voluntad de olvidarse a sí mismo.

Si creyeran más en la vida, se lanzarían menos al instante. ¡Pero no tienen en ustedes bastante contenido para la espera, y ni siquiera para la pereza!

Por todas partes resuena la voz de quienes predicán la muerte: y la tierra está llena de seres a quienes hay que predicar la muerte.

O “la vida eterna”: para mí es lo mismo; ¡con tal de que se marchen pronto a ella!

De la guerra y el pueblo guerrero

No queremos que con nosotros sean indulgentes nuestros mejores enemigos, ni tampoco aquellos a quienes amamos a fondo. ¡Por ello déjenme que les diga la verdad!

¡Hermanos míos en la guerra! Yo los amo a fondo, yo soy y he sido su igual. Y yo soy también su mejor enemigo. ¡Por ello déjenme que les diga la verdad!

Yo sé del odio y de la envidia de su corazón. No son bastante grandes para no conocer odio y envidia. ¡Sean, pues, bastante grandes para no avergonzarse de ellos!

Y si no pueden ser santos del conocimiento, sean al menos guerreros de él. Éstos son los acompañantes y los precursores de tal santidad.

Veo muchos soldados: ¡muchos guerreros es lo que quisiera yo ver! “Uniforme” se llama lo que llevan puesto: ¡ojalá no sea uniformidad lo que con ello encubren!

Deben ser de aquellos cuyos ojos buscan siempre un enemigo, su enemigo. Y en algunos de ustedes hay un odio a primera vista.

¡Deben buscar su enemigo, deben hacer su guerra, y hacerla por sus pensamientos! ¡Y si su pensamiento sucumbe, su honestidad debe cantar victoria a causa de ello!

Deben amar la paz como medio para nuevas guerras. Y la paz corta más que la larga.

A ustedes no les aconsejo el trabajo, sino la lucha. A ustedes no les aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Sea su trabajo una lucha, sea su paz una victoria!

Sólo se puede estar callado y tranquilo cuando se tiene una flecha y un arco: de lo contrario, se charla y se disputa. ¡Sea su paz una victoria!

¿Ustedes dicen que la buena causa es la que santifica incluso la guerra? Yo les digo: la buena guerra es la que santifica toda causa.

La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo. No su compasión, sino su valentía es la que ha salvado hasta ahora a quienes se hallaban en peligro.

“¿Qué es bueno?”, preguntan. Ser valiente es bueno. Dejen que las niñas pequeñas digan: “ser bueno es ser bonito y a la vez conmovedor”.

Se dice que no tienen corazón; pero su corazón es auténtico, y yo amo el pudor de su cordialidad. Ustedes se avergüenzan de su pleamar, y otros se avergüenzan de su bajamar.

¿Son feos? ¡Bien, hermanos míos! ¡Envuélvanse en lo sublime, que es el manto de lo feo!

Y si su alma se hace grande, también se vuelve altanera, y en su sublimidad hay maldad. Yo los conozco.

En la maldad el altanero se encuentra con el debilucho. Pero se malentienden recíprocamente. Yo los conozco.

Sólo les es lícito tener enemigos que haya que odiar, pero no enemigos para despreciar. Es necesario que estén orgullosos de su enemigo: entonces los éxitos de él son también sus éxitos.

Rebelión, ésa es la nobleza en el esclavo. ¡Sea su nobleza obediencia!

¡Su propio mandar sea un obedecer!

“Tú debes” le suena a un buen guerrero más agradable que “yo quiero”, y a todo lo que les es amado deben dejarle que primero los mande.

¡Sea su amor a la vida amor a su esperanza más alta: y sea su esperanza más alta el pensamiento más alto de la vida!

Pero deben permitir que yo les ordene su pensamiento más alto, y dice así: el hombre es algo que debe ser superado.

¡Vivan, pues, su vida de obediencia y de guerra! ¡Qué importa vivir mucho tiempo! ¡Qué guerrero quiere ser tratado con indulgencia!

¡Yo no los trato con indulgencia, yo los amo a fondo, hermanos míos en la guerra!

Del nuevo ídolo

En algún lugar existen todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos míos: aquí hay Estados.

¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Bien! Ábranme ahora los oídos, pues voy a decirles mi palabra sobre la muerte de los pueblos. Estado se llama el más frío de todos los monstruos fríos. Es frío incluso cuando miente; y ésta es la mentira que se desliza de su boca: “Yo, el Estado, soy el pueblo”.

¡Es mentira! Creadores fueron quienes crearon los pueblos y suspendieron encima de ellos una fe y un amor: así sirvieron a la vida.

Aniquiladores son quienes ponen trampas para muchos y las llaman Estado: éstos suspenden encima de ellos una espada y cien concupiscencias.

Donde todavía hay pueblo, éste no comprende al Estado y lo odia, considerándolo mal de ojo y pecado contra las costumbres y los derechos.

Esta señal les doy: cada pueblo habla su lengua propia del bien y del mal: el vecino no la entiende. Cada pueblo se ha inventado su lenguaje propio en costumbres y derechos.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal; y diga lo que diga, miente, y posea lo que posea, lo ha robado.

Falso es todo en él; con dientes robados muerde, ese mordedor. Falsas son incluso sus entrañas.

Confusión de lenguas del bien y del mal: esta señal les doy como señal del Estado. ¡En verdad, voluntad de muerte es lo que esa señal indica! ¡En verdad, hace señas a los predicadores de la muerte!

Nacen demasiados: ¡para los superfluos fue inventado el Estado!

¡Miren cómo atrae a los demasiados! ¡Cómo los devora y los masca y los rumia!

“En la tierra no hay ninguna cosa más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios”, así ruga el monstruo. ¡Y no sólo quienes tienen orejas largas y vista corta se postran de rodillas!

¡Ay, también en ustedes, los de alma grande, susurra él sus sombrías mentiras! ¡Ay, él adivina cuáles son los corazones ricos, que con gusto se prodigan!

¡Sí, también los adivina a ustedes, los vencedores del viejo Dios! ¡Se han fatigado en la lucha, y ahora su fatiga continúa prestando culto al nuevo ídolo!

¡Héroes y hombres de honor quisiera colocar en torno a sí el nuevo ídolo!

¡Ese frío monstruo, gusta de calentarse al sol de buenas conciencias!

Todo quiere dárselo a ustedes el nuevo ídolo, si ustedes lo adoran: se compra así el brillo de su virtud y la mirada de sus ojos orgullosos.

¡Quiere que ustedes le sirvan de cebo para pescar a los demasiados! ¡Sí, un artificio infernal ha sido inventado aquí, un caballo de la muerte, que tintinea con el atavío de honores divinos!

Sí, aquí ha sido inventada una muerte para muchos, la cual se precia a sí misma de ser vida: ¡en verdad, un servicio íntimo para todos los predicadores de la muerte!

Estado llamo yo al lugar donde todos, buenos y malos, son bebedores de venenos. Estado, al lugar en que todos, buenos y malos, se pierden a sí mismos. Estado, al lugar donde el lento suicidio de todos, se llama “la vida”.

¡Vean, pues, a esos superfluos! Roban para sí las obras de los inventores y los tesoros de los sabios: cultura llaman a su latrocinio, ¡y todo se convierte para ellos en enfermedad y molestia!

¡Vean, pues, a esos superfluos! Enfermos están siempre, vomitan su bilis y lo llaman periódico. Se devoran unos a otros y ni siquiera pueden digerirse.

¡Vean, pues, a esos superfluos! Adquieren riquezas y con ello se vuelven más pobres. Quieren poder y, en primer lugar, la palanqueta del poder, mucho dinero;

¡esos insolventes!

¡Véanlos trepar, esos ágiles monos! Trepan unos por encima de otros, y así se arrastran al fango y a la profundidad.

Todos quieren llegar al trono; su demencia consiste en creer, ¡que la felicidad se sienta en el trono! Con

frecuencia es el fango el que se sienta en el trono, y también a menudo el trono se sienta en el fango.

Dementes son para mí todos ellos, y monos trepadores y fanáticos. Su ídolo, el frío monstruo, me huele mal: mal me huelen todos ellos juntos, esos idólatras.

Hermanos míos, ¿es que quieren asfixiarse con el aliento de sus hocicos y de sus concupiscencias? ¡Es mejor que rompan las ventanas y salten al aire libre!

¡Apártense del mal olor! ¡Aléjense de la idolatría de los superfluos!

¡Apártense del mal olor! ¡Aléjense del humo de esos sacrificios humanos!

Aún está la tierra a disposición de las almas grandes. Vacíos se encuentran aún muchos lugares para eremitas solitarios o en pareja, en torno a los cuales sopla el perfume de mares silenciosos.

Aún hay una vida libre a disposición de las almas grandes.

En verdad, quien poco posee, tanto menos es poseído: ¡alabada sea la pequeña pobreza!

Allí donde el Estado acaba comienza el hombre que no es superfluo: allí comienza la canción del necesario, la melodía única e insustituible.

Allí donde el Estado acaba; ¡mírenme allí, hermanos míos! ¿No ven el arco iris y los puentes del superhombre?

De las moscas del mercado

Huye, amigo mío, ¡a tu soledad! Ensordecido te veo por el ruido de los grandes hombres, y acribillado por los agujones de los pequeños.

El bosque y la roca saben callar dignamente contigo. Vuelve a ser igual que el árbol al que amas, el árbol de amplias ramas: silencioso y atento pende sobre el mar.

Donde acaba la soledad, allí comienza el mercado; y donde comienza el mercado, allí comienzan también el ruido de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas.

En el mundo las mejores cosas no valen nada sin alguien que las represente: grandes hombres llama el pueblo a esos actores.

El pueblo comprende poco lo grande, esto es: lo creador. Pero tiene sentidos para todos los actores y comediantes de grandes cosas.

En torno a los inventores de nuevos valores gira el mundo: gira de modo invisible. Sin embargo, en torno a los comediantes giran el pueblo y la fama: así marcha el mundo.

Espíritu tiene el comediante, pero poca conciencia de espíritu. Cree siempre en aquello que mejor le permite llevar a los otros a creer, ¡a creer en él!

Mañana tendrá una nueva fe, y pasado mañana, otra más nueva. Sentidos rápidos tiene el comediante, igual que el pueblo, y presentimientos cambiantes.

Derribar, eso significa para él: demostrar. Volver loco a uno, eso significa para él: convencer. Y la sangre es para él el mejor de los argumentos.

A una verdad que sólo en oídos delicados se desliza llámala mentira y nada.

¡En verdad, sólo cree en dioses que hagan gran ruido en el mundo!

Lleno de bufones solemnes está el mercado, ¡y el pueblo se gloria de sus grandes hombres! Éstos son para él los señores del momento.

Pero el momento los apremia: así ellos te apremian a ti. Y también de ti quieren ellos un sí o un no. ¡Ay!, ¿quieres colocar tu silla entre un pro y un contra?

¡No tengas celos de esos incondicionales y apremiantes, amante de la verdad! Jamás se ha colgado la verdad del brazo de un incondicional.

A causa de esas gentes súbitas, vuelve a tu seguridad: sólo en el mercado le asaltan a uno con un ¿sí o no?

Todos los pozos profundos viven con lentitud sus experiencias: tienen que aguardar largo tiempo hasta saber qué fue lo que cayó en su profundidad.

Todo lo grande se aparta del mercado y de la fama: apartados de ellos han vivido desde siempre los inventores de nuevos valores.

Huye, amigo mío, a tu soledad: te veo acribillado por moscas venenosas.

¡Huye allí donde sopla un viento áspero, fuerte!
¡Huye a tu soledad! Has vivido demasiado cerca de los pequeños y mezquinos. ¡Huye de su venganza invisible! Contra ti no son otra cosa que venganza.

¡Deja de levantar tu brazo contra ellos! Son innumerables, y no es tu destino el ser espantamoscas.

Innumerables son esos pequeños y mezquinos; y a más de un edificio orgulloso han conseguido derribarlo ya las gotas de lluvia y los yerbajos.

Tú no eres una piedra, pero has sido ya excavado por muchas gotas.

Acabarás por resquebrajarte y por romperte en pedazos bajo tantas gotas.

Fatigado te veo por moscas venenosas, lleno de sangrientos rasguños te veo en cien sitios; y tu orgullo no quiere ni siquiera encolerizarse.

Sangre quisieran ellas de ti con toda inocencia, sangre es lo que sus almas exangües codician, y por ello pican con toda inocencia.

Mas tú, profundo, tú sufres demasiado profundamente incluso por pequeñas heridas; y antes de que te curaras, ya se arrastraba el mismo gusano venenoso por tu mano.

Demasiado orgulloso me pareces para matar a esos golosos. ¡Pero procura que no se convierta en tu fatalidad el soportar toda su venenosa injusticia!

Ellos zumban a tu alrededor también con su alabanza: impertinencia es su alabanza. Quieren la cercanía de tu piel y de tu sangre.

Te adulan como a un dios o a un demonio; lloriquean delante de ti como delante de un dios o de un demonio. ¡Qué importa! Son aduladores y llorones, y nada más.

También suelen hacerse los amables contigo. Pero ésa fue siempre la astucia de los cobardes. ¡Sí, los cobardes son astutos!

Ellos reflexionan mucho sobre ti con su alma estrecha; ¡para ellos eres siempre preocupante! Todo aquello sobre lo que se reflexiona mucho se vuelve preocupante.

Ellos te castigan por todas tus virtudes. Sólo te perdonan de verdad, tus fallos.

Como tú eres suave y de sentir justo, dices: “No tienen ellos la culpa de su mezquina existencia”. Mas su estrecha alma piensa: “Culpable es toda gran existencia”.

Aunque eres suave con ellos, se sienten, sin embargo, despreciados por ti; y te pagan tus bondades con daños encubiertos.

Tu orgullo sin palabras repugna siempre a su gusto; se regocijan mucho cuando alguna vez eres bastante modesto para ser vanidoso.

Lo que nosotros reconocemos en un hombre, eso lo hacemos arder también en él. Por ello ¡guárdate de los pequeños!

Ante ti ellos se sienten pequeños, y su bajeza arde y se pone al rojo contra ti en invisible venganza.

¿No has notado cómo solían enmudecer cuando tú te acercabas a ellos, y cómo su fuerza los abandonaba, cual humo de fuego que se extingue?

Sí, amigo mío, para tus prójimos eres tú la conciencia malvada: pues ellos son indignos de ti. Por eso te odian y quisieran chuparte la sangre.

Tus prójimos serán siempre moscas venenosas; lo que en ti es grande, eso cabalmente tiene que hacerlos más venenosos y siempre más moscas.

Huye, amigo mío, a tu soledad y allí donde sopla un viento áspero, fuerte. No es tu destino el ser espantamoscas.

De la castidad

Yo amo el bosque. En las ciudades se vive mal; hay en ellas demasiados lascivos.

¿No es mejor caer en las manos de un asesino que en los sueños de una mujer lasciva?

Y contémplenme esos hombres: sus ojos lo dicen, no conocen nada mejor en la tierra que yacer con una mujer. Fango hay en el fondo de su alma; ¡y ay si su fango tiene además espíritu!

¿Si al menos fueran perfectos en cuanto animales! Mas del animal forma parte la inocencia.

¿Les aconsejo yo matar sus sentidos? Yo les aconsejo la inocencia de los sentidos.

¿Les aconsejo yo la castidad? La castidad es en algunos una virtud, pero en muchos es casi un vicio.

Éstos son sin duda continentes: mas la perra Sensualidad mira con envidia desde todo lo que hacen.

Incluso hasta las alturas de su virtud y hasta la frialdad del espíritu los sigue ese bicho con su insatisfacción.

¿Y con qué buenos modales sabe mendigar la perra Sensualidad un pedazo de espíritu cuando se le deniega un pedazo de carne!

¿Ustedes aman las tragedias y todo lo que destroza el corazón? Mas yo desconfío de su perra.

Para mí tienen ojos demasiado crueles, y miran lascivamente a los que sufren. ¿Es que su voluptuosidad no ha hecho más que enmascararse, y se llama compasión?

Y también les propongo esta parábola: no pocos que quisieron expulsar a su demonio fueron a parar ellos mismos dentro de los cerdos.

A quien la castidad le resulte difícil se le debe desaconsejar: para que no se convierta ella en el camino hacia el infierno, es decir, hacia el fango y la lascivia del alma.

¿Hablo yo de cosas sucias? Para mí no es esto lo peor.

Al hombre del conocimiento le disgusta bajar al agua de la verdad no cuando está sucia, sino cuando no es profunda.

En verdad, hay personas castas de raíz: son dulces de corazón, ríen con más gusto y más frecuencia que ustedes.

Se ríen incluso de la castidad y preguntan: “¿Qué es castidad!

¿No es castidad una tontería? Pero esa tontería ha venido a nosotros, y no nosotros a ella.

Hemos ofrecido albergue y corazón a ese huésped: ahora habita en nosotros; ¡que se quede todo el tiempo que quiera!”

Del amigo

“Uno siempre a mi alrededor es demasiado”, así piensa el eremita. “Siempre uno por uno, ¡da a la larga dos!”.

Yo y mí están siempre dialogando con demasiada vehemencia: ¿cómo soportarlo si no hubiera un amigo?

Para el eremita el amigo es siempre el tercero: el tercero es el corcho que impide que el diálogo de los dos se hunda en la profundidad.

Ay, existen demasiadas profundidades para todos los eremitas. Por ello desean ardientemente un amigo y su altura. Nuestra fe en otros delata lo que nosotros quisiéramos creer de nosotros mismos. Nuestro anhelo de un amigo es nuestro delator.

Y a menudo no se quiere, con el amor, más que saltar por encima de la envidia. Y a menudo atacamos y nos creamos un enemigo para ocultar que somos vulnerables.

“¡Sé al menos mi enemigo!”, así habla el verdadero respeto, que no se atreve a solicitar amistad.

Si se quiere tener un amigo hay que querer también hacer la guerra por él; y para hacer la guerra, hay que poder ser enemigo.

En el propio amigo debemos honrar incluso al enemigo. ¿Puedes tú acercarte mucho a tu amigo sin pasarte a su bando?

En nuestro amigo debemos tener nuestro mejor enemigo. Con tu corazón debes estarle máximamente cercano cuando le opones resistencia.

¿No quieres llevar vestido alguno delante de tu amigo? ¿Debe ser un honor para tu amigo el que te ofrezcas a él tal como eres? ¿Pero él te mandará al diablo por esto!

El que no se recata provoca indignación: ¡tanta razón tienen para temer la desnudez! ¡Sí, si fueran dioses, entonces les sería lícito avergonzarse de sus vestidos!

Nunca te adornarás bastante bien para tu amigo: pues debes ser para él una flecha y un anhelo hacia el superhombre.

¿Has visto ya dormir a tu amigo, para conocer cuál es su aspecto? ¿Pues qué es, por lo demás, el rostro de tu amigo? Es tu propio rostro, en un espejo grosero e imperfecto.

¿Has visto ya dormir a tu amigo? ¿No te horrorizas de que tu amigo tuviera tal aspecto? Oh, amigo mío, el hombre es algo que tiene que ser superado.

En el adivinar y en el permanecer callado debe ser maestro el amigo: tú no tienes que querer ver todo. Tu sueño debe descubriarte lo que tu amigo hace en la vigilia.

En adivinar sea tu compasión, para que sepas primero si tu amigo quiere compasión. Tal vez él ame en ti los ojos firmes y la mirada de la eternidad.

Ocúltese bajo una dura cáscara la compasión por el amigo, debes dejarte un diente en ésta. Así tendrá la delicadeza y la dulzura que le corresponden.

¿Eres tú aire puro, y soledad, y pan, y medicina para tu amigo? Más de uno no puede librarse a sí mismo de sus propias cadenas y es, sin embargo, un redentor para el amigo.

¿Eres un esclavo? Entonces no puedes ser amigo. ¿Eres un tirano? Entonces no puedes tener amigos.

Durante demasiado tiempo se ha ocultado en la mujer un esclavo y un tirano.

Por ello la mujer no es todavía capaz de amistad: sólo conoce el amor.

En el amor de la mujer hay injusticia y ceguera frente a todo lo que ella no ama. Y hasta en el amor sapiente de la mujer continúa habiendo agresión inesperada y rayo y noche al lado de la luz.

La mujer no es todavía capaz de amistad: gatas continúan siendo siempre las mujeres, y pájaros. O, en el mejor de los casos, vacas.

La mujer no es todavía capaz de amistad. Pero díganme, varones, ¿quién de ustedes es capaz de amistad?

¡Cuánta pobreza, varones, y cuánta avaricia hay en su alma! Lo que ustedes dan al amigo, eso quiero darlo yo hasta a mi enemigo, y no por eso me habré vuelto más pobre.

Existe la camaradería: ¡ojalá exista la amistad!

De las mil metas y de la “única” meta

Muchos países ha visto Zaratustra, y muchos pueblos: así ha descubierto el bien y el mal de muchos pueblos. Ningún poder mayor ha encontrado Zaratustra en la tierra que las palabras bueno y malvado.

Ningún pueblo podría vivir sin antes realizar valoraciones; mas si quiere conservarse, no le es lícito valorar como valora el vecino.

Muchas cosas que este pueblo llamó buenas son para aquel otro afrenta y vergüenza: esto es lo que yo he encontrado. Muchas cosas que eran llamadas aquí malvadas las encontré allí adornadas con honores de púrpura.

Jamás un vecino ha entendido al otro: siempre su alma se asombraba de la demencia y de la maldad del vecino.

Una tabla de valores está suspendida sobre cada pueblo. Mira, es la tabla de sus superaciones; mira, es la voz de su voluntad de poder. Laudable es aquello que le parece difícil; a lo que es indispensable y a la vez difícil llámalo bueno; y a lo que libera incluso de la suprema necesidad, a lo más raro, a lo difícilísimo; a eso lo ensalza como santo.

Lo que hace que él domine y venza y brille, para horror y envidia de su vecino: eso es para él lo elevado, lo primero, la medida, el sentido de todas las cosas.

En verdad, hermano mío, si has conocido primero la necesidad y la tierra y el cielo y el vecino de un pueblo: adivinarás sin duda la ley de sus superaciones y la razón de que suba por esa escalera hacia su esperanza.

“Siempre debes ser tú el primero y aventajar a los otros; a nadie, excepto al amigo, debe amar tu alma celosa”, esto provocaba estremecimientos en el alma de un griego y con ello siguió la senda de su grandeza.

“Decir la verdad y saber manejar bien el arco y la flecha”, esto le parecía precioso y a la vez difícil a aquel pueblo del que proviene mi nombre, el nombre que es para mí a la vez precioso y difícil.

“Honrar padre y madre y ser dóciles para con ellos hasta la raíz del alma”: ésta fue la tabla de la superación que otro pueblo suspendió por encima de sí, y con ello se hizo poderoso y eterno.

“Guardar fidelidad y dar por ella el honor y la sangre aun por causas malvadas y peligrosas”: con esta enseñanza se domo a sí mismo otro pueblo y domeñándose de ese modo quedó pesadamente grávido de grandes esperanzas.

En verdad, los hombres se han dado a sí mismos todo su bien y todo su mal. En verdad, no los tomaron de otra parte, no los encontraron, éstos no cayeron sobre ellos como una voz del cielo.

Para conservarse, el hombre empezó implantando valores en las cosas; ¡él fue el primero en crear un sentido a las cosas, un sentido humano! Por ello se llama “hombre”, es decir: el que realiza valoraciones.

Valorar es crear: ¡oíganlo, creadores! El valorar mismo es el tesoro y la joya de todas las cosas valoradas.

Sólo por el valorar existe el valor: y sin el valorar estaría vacía la nuez de la existencia. ¡Oíganlo, creadores!

Cambio de los valores, es cambio de los creadores. Siempre aniquila el que tiene que ser un creador.

Creadores lo fueron primero los pueblos, y sólo después los individuos; en verdad, el individuo mismo es la creación más reciente.

Los pueblos suspendieron en otro tiempo por encima de sí una tabla del bien. El amor que quiere dominar y el amor que quiere obedecer crearon juntos para sí tales tablas.

El placer de ser rebaño es más antiguo que el placer de ser un yo; y mientras la buena conciencia se llame rebaño, sólo la mala conciencia dice: yo.

En verdad, el yo astuto, carente de amor, el que quiere su propia utilidad en la utilidad de muchos: ése no es el origen del rebaño, sino su ocaso.

Amantes fueron siempre, y creadores, los que crearon el bien y el mal. Fuego de amor arde en los nombres de todas las virtudes, y fuego de cólera.

Muchos países han visto Zaratustra, y muchos pueblos: ningún poder mayor ha encontrado Zaratus-

tra en la tierra que las obras de los amantes: “bueno” y “malvado” es el nombre de tales obras.

En verdad, un monstruo es el poder de ese alabar y censurar. Díganme, hermanos míos, ¿quién me doma ese monstruo? Díganme, ¿quién pone en cadenas las mil cervices de ese animal?

Mil metas ha habido hasta ahora, pues mil pueblos ha habido. Sólo falta la cadena que ate las mil cervices, falta la única meta. Todavía no tiene la humanidad meta alguna.

Mas díganme, hermanos: si a la humanidad le falta todavía la meta, ¿no falta todavía también, ella misma?

Del amor al prójimo

Ustedes se apretujan alrededor del prójimo y tienen hermosas palabras para expresar ese su apretujarse. Pero yo les digo: su amor al prójimo es su mal amor a ustedes mismos.

Cuando huyen hacia el prójimo huyen de ustedes mismos, y quisieran hacer de eso una virtud: pero yo penetro su “desinterés”.

El tú es más antiguo que el yo; el tú ha sido santificado, pero el yo, todavía no: por eso corre el hombre hacia el prójimo.

¿Les aconsejo yo el amor al prójimo? ¡Prefiero aconsejarles la huida del prójimo y el amor al lejano!

Más elevado que el amor al prójimo es el amor al lejano y al venidero; más elevado que el amor a los hombres es el amor a las cosas y a los fantasmas.

Ese fantasma que corre delante de ti, hermano mío, es más bello que tú; ¿por qué no le das tu carne y tus huesos? Pero tú tienes miedo y corres hacia tu prójimo.

No consiguen soportarse a ustedes mismos y no se aman bastante: por eso quieren seducir al prójimo a que ame, y adorarlos a ustedes con su error.

Yo quisiera que no soportaran a ninguna clase de prójimo ni a sus vecinos; así tendrían que crear, sacándolo de ustedes mismos, su amigo y su corazón exuberante.

Invitan a un testigo cuando quieren hablar bien de ustedes mismos; y una vez que lo han seducido a pensar bien de ustedes, también ustedes mismos piensan bien de ustedes.

No miente tan sólo aquel que habla en contra de lo que sabe, sino ante todo aquel que habla en contra de lo que no sabe. Y así es como ustedes hablan de ustedes en sociedad, y, al mentirse a ustedes, mienten al vecino.

Así habla el necio: “el trato con hombres estropea el carácter, especialmente si no se tiene ninguno”.

El uno va al prójimo porque se busca a sí mismo, y el otro, porque quisiera perderse. Su mal amor a ustedes mismos es lo que les trueca la soledad en prisión.

Los más lejanos son los que pagan su amor al prójimo; y en cuanto se juntan cinco, siempre tiene que morir un sexto.

Yo no amo tampoco sus fiestas; demasiados comediantes he encontrado siempre en ellas, y también los espectadores se comportaban a menudo como comediantes.

Yo no les enseño el prójimo, sino el amigo. Sea el amigo para ustedes la fiesta de la tierra y un presentimiento del superhombre.

Yo les enseño el amigo y su corazón rebosante. Pero hay que saber ser una esponja si se quiere ser amado por corazones rebosantes.

Yo les enseño el amigo en el que el mundo se encuentra ya acabado, como una copa del bien; el amigo

creador, que siempre tiene un mundo acabado que regalar.

Y así como el mundo se desplegó para él, así volverá a plegársele en anillos, como el devenir del bien por el mal, como el devenir de las finalidades surgiendo del azar.

El futuro y lo lejano sean para ti la causa de tu hoy: en tu amigo debes amar al superhombre como causa de ti.

Hermanos míos, yo no les aconsejo el amor al prójimo: yo les aconsejo el amor al lejano.

Del camino del creador

¿Quieres marchar, hermano mío, a la soledad? ¿Quieres buscar el camino que lleva a ti mismo? Detén-te un poco y escúchame.

“El que busca, fácilmente se pierde a sí mismo. Todo irse a la soledad es culpa”; así habla el rebaño. Y tú has formado parte del rebaño durante mucho tiempo.

La voz del rebaño continuará resonando dentro de ti. Y cuando digas “yo ya no tengo la misma conciencia que ustedes”, eso será un lamento y un dolor.

Mira, aquella conciencia única dio a luz también ese dolor. Y el último resplandor de aquella conciencia continúa brillando sobre tu tribulación.

Pero ¿tú quieres recorrer el camino de tu tribulación, que es el camino hacia ti mismo? ¿Muéstrame entonces tu derecho y tu fuerza para hacerlo!

¿Eres tú una nueva fuerza y un nuevo derecho? ¿Un primer movimiento?

¿Una rueda que se mueve por sí misma? ¿Puedes forzar incluso a las estrellas a que giren a tu alrededor?

¡Ay, existe tanta ansia de elevarse! ¡Existen tantas convulsiones de los ambiciosos! ¡Muéstrame que tú no eres un ansioso ni un ambicioso!

Ay, existen tantos grandes pensamientos que no hacen más que lo que el fuelle: inflan y producen un vacío

aún mayor. ¿Libre te llamas a ti mismo? Quiero oír tu pensamiento dominante, y no que has escapado de un yugo.

¿Eres tú alguien al que le sea lícito escapar de un yugo? Más de uno hay que arrojó de sí su último valor al arrojar su servidumbre.

¿Libre de qué? ¿Qué importa eso a Zaratustra! Tus ojos deben anunciarme con claridad: ¿libre para qué?

¿Puedes prescribirte a ti mismo tu bien y tu mal y suspender tu voluntad por encima de ti como una ley? ¿Puedes ser juez para ti mismo y vengador de tu ley?

Terrible cosa es hallarse solo con el juez y vengador de la propia ley. Así es arrojada una estrella al espacio vacío y al soplo helado de hallarse solo.

Hoy sufres todavía a causa de los muchos, tú que eres uno solo: hoy conservas aún todo tu valor y todas tus esperanzas. Mas alguna vez la soledad te fatigará, alguna vez tu orgullo se curvará y tu valor rechinará los dientes. Alguna vez gritarás “¡estoy solo!”.

Alguna vez dejarás de ver tu altura y contemplarás demasiado cerca tu bajeza; tu sublimidad misma te aterrorizará como un fantasma. Alguna vez gritarás: “¡Todo es falso!”.

Hay sentimientos que quieren matar al solitario; ¡si no lo consiguen, ellos mismos tienen que morir entonces! Mas ¿eres tú capaz de ser asesino?

¿Conoces ya, hermano mío, la palabra “desprecio”? ¿Y el tormento de tu justicia, de ser justo con quienes te desprecian?

Tú fuerzas a muchos a cambiar de doctrina acerca de ti; esto te lo hacen pagar caro. Te aproximaste a ellos y pasaste de largo; esto no te lo perdonan nunca.

Tú caminas por encima de ellos; pero cuanto más alto subes, tanto más pequeño te ven los ojos de la envidia. El más odiado de todos es, sin embargo, el que vuela.

“¡Cómo van a ser justos conmigo!, tienes que decir: yo elijo para mí su injusticia como la parte que me ha sido asignada”.

Injusticia y suciedad arrojan ellos al solitario: pero, hermano mío, si quieres ser una estrella, ¿no tienes que iluminarlos menos por eso!

¡Y guárdate de los buenos y justos! Con gusto crucifican a quienes se inventan una virtud para sí mismos; odian al solitario.

¡Guárdate también de la santa simplicidad! Para ella no es santo lo que no es simple; también le gusta jugar con el fuego, con el fuego de las hogueras para quemar seres humanos.

¡Y guárdate también de los asaltos de tu amor! Con demasiada prisa tiende el solitario la mano a aquel con quien se encuentra.

A ciertos hombres no te es lícito darles la mano, sino sólo la pata: y yo quiero que tu pata tenga también garras.

Pero el peor enemigo con que puedes encontrarte serás siempre tú mismo; a ti mismo te acechas tú en las cavernas y en los bosques.

¡Solitario, tú recorres el camino que lleva a ti mismo! ¡Y tu camino pasa al lado de ti mismo y de tus siete demonios!

Un hereje serás para ti mismo, y una bruja y un hechicero y un necio y un escéptico y un impío y un malvado.

Tienes que querer quemarte a ti mismo en tu propia llama: ¡cómo te renovarías si antes no te hubieras convertido en ceniza!

Solitario, tú recorres el camino del creador: ¡con tus siete demonios quieres crearte para ti un Dios!

Solitario, tú recorres el camino del amante: te amas a ti mismo y por ello te desprecias como sólo los amantes saben despreciar.

¡El amante quiere crear porque desprecia! ¡Qué sabe del amor el que no tuvo que despreciar precisamente aquello que amaba!

Vete a tu soledad con tu amor y con tu crear, hermano mío; sólo más tarde te seguirá la justicia cojeando.

Vete con tus lágrimas a tu soledad, hermano mío. Yo amo a quien quiere crear por encima de sí mismo y por ello perece.

De viejecillas y de jovencillas

“¿Por qué te deslizas a escondidas y de manera esquivada en el crepúsculo, Zaratustra? ¿Qué es lo que escondes con tanto cuidado bajo tu manto?

¿Es un tesoro que te han regalado? ¿O un niño que has dado a luz? ¿O es que tú mismo sigues ahora los caminos de los ladrones, tú amigo de los malvados?”

¡En verdad, hermano mío!, dijo Zaratustra, es un tesoro que me han regalado: es una pequeña verdad lo que llevo conmigo. Pero es revoltosa como un niño pequeño; y si no le tapo la boca, grita a voz en cuello.

Cuando hoy recorría solo mi camino, a la hora en que el sol se pone, me encontré con una viejecilla, la cual habló así a mi alma:

“Muchas cosas nos ha dicho Zaratustra también a nosotras las mujeres, pero nunca nos ha hablado sobre la mujer”.

Y yo le repliqué: “Sobre la mujer se debe hablar tan sólo a varones”.

“Háblame también a mí acerca de la mujer, dijo ella; soy bastante vieja para volver a olvidarlo enseguida”.

Y yo accedí al ruego de la viejecilla y le hablé así:

Todo en la mujer es un enigma, y todo en la mujer tiene una única solución: se llama embarazo.

El varón es para la mujer un medio: la finalidad es siempre el hijo. ¿Pero qué es la mujer para el varón?

Dos cosas quiere el varón auténtico: peligro y juego. Por ello quiere él a la mujer, que es el más peligroso de los juguetes.

El varón debe ser educado para la guerra, y la mujer, para la recreación del guerrero: todo lo demás es tontería.

Los frutos demasiado dulces, al guerrero no le gustan. Por ello le gusta la mujer: amarga es incluso la más dulce de las mujeres.

La mujer entiende a los niños mejor que el varón, pero éste es más niño que aquélla.

En el varón auténtico se esconde un niño: éste quiere jugar. ¡Adelante, mujeres, descubran al niño en el varón!

Sea un juguete la mujer, puro y delicado, semejante a la piedra preciosa, iluminado por las virtudes de un mundo que todavía no existe.

¡Resplandezca en su amor el rayo de una estrella! Diga su voluntad: “¡Ojalá diera yo a luz el superhombre!”.

¡Haya valentía en su amor! ¡Con su amor deben lanzarse contra aquel que les infunde miedo!

¡Que su honor esté en su amor! Por lo demás, poco entiende de honor la mujer. Pero sea su honor amar siempre más de lo que son amadas y no ser nunca las segundas.

Tema el varón a la mujer cuando ésta ama; entonces realiza ella todos los sacrificios, y todo lo demás lo considera carente de valor.

Tema el varón a la mujer cuando ésta odia, pues en el fondo del alma el varón es tan sólo malvado, pero la mujer es allí mala.

¿A quién odia más la mujer?, así le dijo el hierro al imán: “A ti es a lo que más odio, porque atraes, pero no eres bastante fuerte para retener”.

La felicidad del varón se llama: yo quiero. La felicidad de la mujer se llama: él quiere.

“¡Mira, justo ahora se ha vuelto perfecto el mundo!”, así piensa toda mujer cuando obedece desde la plenitud del amor.

Y la mujer tiene que obedecer y tiene que encontrar una profundidad para su superficie. Superficie es el ánimo de la mujer, una móvil piel tempestuosa sobre aguas poco profundas.

Pero el ánimo del varón es profundo, su corriente rugie en cavernas subterráneas: la mujer presiente su fuerza, mas no la comprende.

Entonces me replicó la viejecilla: “Muchas gentilezas acaba de decir Zaratustra, y sobre todo para quienes son bastante jóvenes para ellas.

¡Es extraño, Zaratustra conoce poco a las mujeres, y, sin embargo, tiene razón sobre ellas! ¿Ocurre esto acaso porque para la mujer nada es imposible?

¡Y ahora toma, en agradecimiento, una pequeña verdad! ¡Yo soy bastante vieja para ella!

Envuélvela bien y tápale la boca; de lo contrario grita a voz en cuello esta pequeña verdad”.

“¡Dame, mujer, tu pequeña verdad!”, dije yo. Y así habló la viejecilla:

“¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!”.

De la picadura de la víbora

Un día habíase quedado Zaratustra dormido debajo de una higuera, pues hacía calor, y había colocado sus brazos sobre el rostro. Entonces vino una víbora y le picó en el cuello, de modo que Zaratustra se despertó gritando de dolor. Al retirar el brazo del rostro vio a la serpiente; ésta reconoció entonces los ojos de Zaratustra, dio la vuelta torpemente y quiso marcharse. “¡No, dijo Zaratustra; todavía no has recibido mi agradecimiento! Me has despertado a tiempo, mi camino es todavía largo”. “Tu camino es ya corto, dijo la víbora con tristeza; mi veneno mata”. Zaratustra sonrió. “¿En alguna ocasión ha muerto un dragón por el veneno de una serpiente?, dijo. ¡Pero toma de nuevo tu veneno! No eres bastante rica para regalármelo”. Entonces la víbora se lanzó otra vez alrededor de su cuello y le lamió la herida.

En una ocasión en que Zaratustra contó esto a sus discípulos, éstos preguntaron: “¿Y cuál es, Zaratustra, la moraleja de tu historia?”. Zaratustra respondió así:

Los buenos y justos me llaman el aniquilador de la moral; mi historia es inmoral.

Si ustedes tienen un enemigo, no le devuelvan bien por mal, pues eso lo avergonzaría. Sino demuestren que les ha hecho un bien.

¡Y es preferible que se encolericen a que avergüencen a otro! Y si los maldicen, no me agrada que quieran bendecir. ¡Es mejor que también ustedes maldigan un poco!

¡Y si se ha cometido una gran injusticia con ustedes, cometan ustedes enseguida cinco pequeñas! Es horrible ver a alguien a quien la injusticia le oprime sólo a él.

¿Sabían ya esto? Injusticia dividida es justicia a medias. ¡Y sólo debe cargar con la injusticia aquel que sea capaz de llevarla!

Una pequeña venganza es más humana que ninguna. Y si el castigo no es también un derecho y un honor para el prevaricador, entonces tampoco me gusta su castigo.

Es más noble quitarse a sí mismo la razón que mantenerla, sobre todo si se la tiene. Sólo que hay que ser bastante rico para hacerlo.

No me gusta su fría justicia; y desde los ojos de sus jueces me miran siempre el verdugo y su fría cuchilla. Díganme, ¿dónde se encuentra la justicia que sea amor con ojos clarividentes?

¡Inventen, pues, el amor que soporta no sólo todos los castigos, sino también todas las culpas!

¡Inventen, pues, la justicia que absuelve a todos, excepto a los que juzgan!

¿Quieren oír todavía otra cosa? En quien quiere ser radicalmente justo, en ése, incluso la mentira se convierte en afabilidad con los hombres.

¡Mas cómo voy yo a querer ser radicalmente justo! ¡Cómo puedo dar a cada uno lo suyo! Básteme esto: yo doy a cada uno lo mío.

¡En fin, hermanos, cuiden de no ser injustos con ningún eremita! ¡Cómo podría olvidar un eremita! ¡Cómo podría él resarcirse!

Cual un pozo profundo es un eremita. Es fácil arrojar dentro una piedra; mas una vez que ha llegado al fondo, díganme, ¿quién quiere sacarla de nuevo?

¡Guárdense de ofender al eremita! Pero si lo han hecho, ¡entonces mátenlo además!

Del hijo y del matrimonio

Tengo una pregunta para ti solo, hermano mío: como una sonda lanzo esta pregunta a tu alma, para saber lo profunda que es.

Tú eres joven y deseas para ti hijos y matrimonio. Pero yo te pregunto: ¿eres un hombre al que le sea lícito desear para sí un hijo?

¿Eres tú el victorioso, el domeñador de ti mismo, el soberano de los sentidos, el señor de tus virtudes? Así te pregunto. ¿O hablan en tu deseo el animal y la necesidad? ¿O la soledad? ¿O la insatisfacción contigo mismo?

Yo quiero que tu victoria y tu libertad anhelan un hijo. Monumentos vivientes debes erigir a tu victoria y a tu liberación. Por encima de ti debes construir. Pero antes tienes que estar construido tú mismo, cuadrado de cuerpo y de alma.

¡No debes propagarte sólo al mismo nivel, sino hacia arriba! ¡Ayúdete para ello el jardín del matrimonio!

Un cuerpo más elevado debes crear, un primer movimiento, una rueda que gire por sí misma; un creador debes tú crear.

Matrimonio: así llamo yo la voluntad de dos de crear uno que sea más que quienes lo crearon. Respeto recíproco llamo yo al matrimonio, entre quienes desean eso.

Sea ése el sentido y la verdad de tu matrimonio. Pero lo que llaman matrimonio los demasiados, esos superfluos; ay, ¿cómo lo llamo yo?

¡Ay, esa pobreza de alma entre dos! ¡Ay, esa suciedad de alma entre dos!

¡Ay, ese lamentable bienestar entre dos!

Matrimonio llaman ellos a todo eso; y dicen que sus matrimonios han sido contraídos en el cielo.

¡No, a mí no me gusta ese cielo de los superfluos! ¡No, a mí no me gustan esos animales trabados en la red celestial!

¡Permanezca lejos de mí también el dios que se acerca cojeando a bendecir lo que él no ha unido!

¡No se rián de tales matrimonios! ¿Qué hijo no tendría motivo para llorar sobre sus padres?

Digno me parecía a mí ese varón, y maduro para el sentido de la tierra, mas cuando vi a su mujer, la tierra me pareció una casa de insensatos.

Sí, yo quisiera que la tierra temblara en convulsiones cuando un santo y una gansa se aparean.

Éste marchó como un héroe a buscar verdades, y acabó trayendo como botín una pequeña mentira engalanada. Su matrimonio lo llama.

Aquél era esquivo en sus relaciones con otros, y seleccionaba al elegir. Pero de una sola vez se estropeó su compañía para siempre: su matrimonio lo llama.

Aquél otro buscaba una criada que tuviera las virtudes de un ángel. Pero de una sola vez se convirtió él

en criado de una mujer, y ahora sería necesario que, además, se transformara en ángel.

He encontrado que ahora todos los compradores andan con cuidado y que todos tienen ojos astutos. Pero incluso el más astuto se compra su mujer a ciegas. Muchas breves tonterías, eso se llama entre ustedes amor. Y su matrimonio pone fin a muchas breves tonterías en la forma de una sola y prolongada estupidez.

Su amor a la mujer, y el amor de la mujer al varón: ¡ay, ojalá fuera compasión por dioses sufrientes y encubiertos! Pero casi siempre dos animales se adivinan recíprocamente.

E incluso su mejor amor no es más que un símbolo extático y un dolorido ardor. Es una antorcha que debe iluminarlos hacia caminos más elevados.

¡Por encima de ustedes mismos deben amar alguna vez! ¡Por ello, aprendan primero a amar! Y para ello tienen que beber el amargo cáliz de su amor.

Amargura hay en el cáliz incluso del mejor amor: ¡por eso produce anhelo del superhombre, por eso te da sed a ti, creador!

Sed para el creador, flecha y anhelo hacia el superhombre: di, hermano mío, ¿es ésta tu voluntad de matrimonio? Santos son entonces para mí tal voluntad y tal matrimonio.

De la muerte libre

Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto.

Todavía suena extraña esta doctrina: “¡Muere a tiempo!”. Morir a tiempo: eso es lo que Zaratustra enseña.

En verdad, quien no vive nunca a tiempo, ¿cómo va a morir a tiempo? ¡Ojalá no hubiera nacido jamás!, esto es lo que aconsejo a los superfluos.

Pero también los superfluos se dan importancia con su muerte, y también la nuez más vacía de todas quiere ser cascada.

Todos dan importancia al morir: pero la muerte no es todavía una fiesta. Los hombres no han aprendido aún cómo se celebran las fiestas más bellas.

Yo les muestro la muerte consumadora, que es para los vivos un aguijón y una promesa.

El consumidor muere su muerte victoriosamente, rodeado de personas que esperan y prometen.

Así se debería aprender a morir; ¡y no debería haber fiesta alguna en que uno de esos moribundos no santificara los juramentos de los vivos!

Morir así es lo mejor; pero lo segundo es morir en la lucha y prodigar un alma grande.

Tanto al combatiente como al victorioso les resulta odiosa esa su gesticuladora muerte que se acerca furtiva como un ladrón, y que, sin embargo, viene como señor.

Yo elogio mi muerte, la muerte libre, que viene a mí porque yo quiero.

¿Y cuándo querré?, quien tiene una meta y un heredero quiere la muerte en el momento justo para la meta y para el heredero.

Y por respeto a la meta y al heredero ya no colgará coronas marchitas en el santuario de la vida.

En verdad, yo no quiero parecerme a los cordeeleros: estiran sus cuerdas y, al hacerlo, van siempre hacia atrás.

Más de uno se vuelve demasiado viejo incluso para sus verdades y sus victorias; una boca desdentada no tiene ya derecho a todas las verdades.

Y todo el que quiera tener fama tiene que despedirse a tiempo del honor y ejercer el difícil arte de irse a tiempo.

Hay que poner fin al dejarse comer en el momento en que mejor sabemos: esto lo conocen quienes desean ser amados durante mucho tiempo.

Hay, ciertamente, manzanas agrias, cuyo destino quiere aguardar hasta el último día del otoño; a un mismo tiempo se ponen maduras, amarillas y arrugadas.

En unos envejece primero el corazón, y en otros, el espíritu. Y algunos son ancianos en su juventud; pero

una juventud tardía mantiene joven durante mucho tiempo.

A algunos el vivir se les malogra: un gusano venenoso les roe el corazón. Por ello, cuiden tanto más de que no se les malogre el morir.

Algunos no llegan nunca a estar dulces, se pudren ya en el verano. La cobardía es lo que los retiene en su rama.

Demasiados son los que viven, y durante demasiado tiempo penden de sus ramas. ¡Ojalá viniera una tempestad que hiciera caer del árbol a todos esos podridos y comidos de gusanos!

¡Ojalá vinieran predicadores de la muerte rápida! ¡Éstos serían para mí las oportunas tempestades que sacudirían los árboles de la vida! Pero yo oigo predicar tan sólo la muerte lenta y paciencia con todo lo “terreno”.

Ay, ¿ustedes predicán paciencia con las cosas terrenas? ¡Esas cosas terrenas son las que tienen demasiada paciencia con ustedes, hocicos blasfemos!

En verdad, demasiado pronto murió aquel hebreo a quien honran los predicadores de la muerte lenta; y para muchos se ha vuelto desde entonces una fatalidad el que él muriera demasiado pronto.

No conocía aún más que lágrimas y la melancolía propia del hebreo, junto con el odio de los buenos y justos; el hebreo Jesús; y entonces lo acometió el anhelo de la muerte.

¡Ojalá hubiera permanecido en el desierto, y lejos de los buenos y justos!

¡Tal vez habría aprendido a vivir y a amar la tierra, y, además, a reír!

¡Créanme, hermanos míos! Murió demasiado pronto; ¡él mismo se habría retractado de su doctrina si hubiera alcanzado mi edad! ¡Era bastante noble para retractarse!

Pero todavía estaba inmaduro. De manera inmadura ama el joven, y de manera inmadura odia también al hombre y a la tierra. Tiene aún atados y torpes el ánimo y las alas del espíritu.

Pero en el adulto hay más niño que en el joven, y menos melancolía: entiende mejor de muerte y de vida.

Libre para la muerte y libre en la muerte, un santo que dice no cuando ya no es tiempo de decir sí; así es como él entiende de vida y de muerte.

Que su morir no sea una blasfemia contra el hombre y contra la tierra, amigos míos; esto es lo que yo le pido a la miel de su alma.

En su morir debe seguir brillando su espíritu y su virtud, cual luz vespertina en torno a la tierra; de lo contrario, se les habrá malogrado el morir.

Así quiero morir yo también, para que ustedes, amigos, amen más la tierra, por amor a mí; y quiero volver a ser tierra, para reposar en aquella que me dio a luz.

En verdad, una meta tenía Zaratustra, lanzó su pelota: ahora, amigos, son ustedes herederos de mi meta, a ustedes les lanzo la pelota de oro.

¡Más que nada prefiero, amigos míos, verlos lanzar la pelota de oro! Y por ello me demoro aún un poco en la tierra: ¡perdónenmelo!

De la virtud que hace regalos

1

Cuando Zaratustra se hubo despedido de la ciudad que su corazón amaba y cuyo nombre es: “La Vaca Multicolor”, le siguieron muchos que se llamaban sus discípulos y le hacían compañía. Llegaron así a una encrucijada: allí Zaratustra les dijo que desde aquel momento quería marchar solo, pues era amigo de caminar en soledad. Y sus discípulos le entregaron como despedida un bastón en cuyo puño de oro se enroscaba en torno al sol una serpiente. Zaratustra se alegró del bastón y se apoyó en él; luego habló así a sus discípulos:

Díganme: ¿cómo llegó el oro a ser el valor supremo? Porque es raro, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo; siempre hace don de sí mismo.

Sólo en cuanto efigie de la virtud más alta llegó el oro a ser el valor supremo. Semejante al oro resplandece la mirada del que hace regalos. Brillo de oro sella paz entre luna y sol.

Rara es la virtud más alta, e inútil, y resplandeciente, y suave en su brillo: una virtud que hace regalos es la virtud más alta.

En verdad, yo les adivino, discípulos míos: ustedes aspiran, como yo, a la virtud que hace regalos. ¿Qué tendrían ustedes en común con gatos y lobos?

Ésta es su sed, el llegar ustedes mismos a ser ofrendas y regalos; y por ello tienen sed de acumular todas las riquezas en su alma.

Insaciable anhela su alma tesoros y joyas, porque su virtud es insaciable en su voluntad de hacer regalos. Fuerzan a todas las cosas a acudir a ustedes y a entrar en ustedes, para que vuelvan a fluir de su manantial como los dones de su amor.

En verdad, semejante amor que hace regalos tiene que convertirse en ladrón de todos los valores; pero yo llamo sano y sagrado a ese egoísmo.

Existe otro egoísmo, demasiado pobre, un egoísmo hambriento que siempre quiere hurtar, el egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo.

Con ojos de ladrón mira ese egoísmo todo lo que brilla; con la avidez del hambre mira hacia quien tiene de comer en abundancia; y siempre se desliza a hurtadillas en torno a la mesa de quienes hacen regalos.

Enfermedad habla en tal codicia, y degeneración invisible; desde el cuerpo enfermo habla la ladrona codicia de ese egoísmo. Díganme, hermanos míos:

¿Qué es para nosotros lo malo y lo peor? ¿No es la degeneración? Y siempre adivinamos degeneración allí donde falta el alma que hace regalos.

Hacia arriba va nuestro camino, desde la especie ascendiendo a la super-especie. Pero un horror es para nosotros el sentido degenerante que dice: “Todo para mí”. Hacia arriba vuela nuestro sentido; de este modo es un símbolo de nuestro cuerpo, símbolo de una elevación. Símbolos de tales elevaciones son los nombres de las virtudes.

Así atraviesa el cuerpo la historia, como algo que deviene y lucha. Y el espíritu, ¿qué es el espíritu para el cuerpo? Herald de sus luchas y victorias, compañero y eco.

Símbolos son todos los nombres del bien y del mal: no declaran, sólo hacen señas. ¡Tonto es quien de ellos quiere sacar saber!

Presten atención, hermanos míos, a todas las horas en que su espíritu quiere hablar por símbolos: allí está el origen de su virtud.

Elevado está entonces su cuerpo, y resucitado; con sus delicias cautiva al espíritu, para que éste se convierta en creador y en apreciador y en amante y en benefactor de todas las cosas.

Cuando su corazón hierve, ancho y lleno, igual que el río, siendo una bendición y un peligro para quienes habitan a su orilla, allí está el origen de su virtud.

Cuando están por encima de la alabanza y de la censura, y su voluntad quiere dar órdenes a todas las cosas, como voluntad que es de un amante, allí está el origen de su virtud.

Cuando desprecian lo agradable y la cama blanda, y no pueden acostarse a suficiente distancia de los comodones, allí está el origen de su virtud.

Cuando no tienen más que una sola voluntad, y ese viraje de toda necesidad se llama para ustedes necesidad, allí está el origen de su virtud.

¡En verdad, ella es un nuevo bien y un nuevo mal!
¡En verdad, es un nuevo y profundo murmullo, y la voz de un nuevo manantial!

Poder es esa nueva virtud; un pensamiento dominante es, y, en torno a él, un alma inteligente; un sol de oro y, en torno a él, la serpiente del conocimiento.

2

Aquí Zaratustra calló un rato y contempló con amor a sus discípulos.

Después continuó hablando así: (y su voz se había cambiado).

¡Permanézanme fieles a la tierra, hermanos míos, con el poder de su virtud! ¡Su amor que hace regalos y su conocimiento sirvan al sentido de la tierra! Esto les ruego y a ello los conjuro.

¡No dejen que su virtud huya de las cosas terrenas y bata las alas hacia paredes eternas! ¡Ay, ha habido siempre tanta virtud que se ha perdido volando!

Conduzcan de nuevo a la tierra, como hago yo, a la virtud que se ha perdido volando. Sí, condúzcanla de nuevo al cuerpo y a la vida para que dé a la tierra su sentido, un sentido humano.

De cien maneras se han perdido volando y se han extraviado hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Ay, en nuestro cuerpo habita ahora todo ese delirio y error; en cuerpo y voluntad se han convertido.

De cien maneras han hecho ensayos y se han extraviado hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Sí, un ensayo ha sido el hombre. ¡Ay, mucha ignorancia y mucho error se han vuelto cuerpo en nosotros!

No sólo la razón de milenios, también su demencia hace erupción en nosotros. Peligroso es ser heredero.

Todavía combatimos paso a paso con el gigante Azar, y sobre la humanidad entera ha dominado hasta ahora el absurdo, el sinsentido.

Su espíritu y su virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos: ¡y el valor de todas las cosas sea establecido de nuevo por ustedes! ¡Por eso deben ser luchadores! ¡Por eso deben ser creadores!

Por el saber se purifica el cuerpo; haciendo ensayos con el saber se eleva al hombre del conocimiento todos los instintos se le santifican; al hombre elevado su alma se le vuelve alegre.

Médico, ayúdate a ti mismo, así ayudas también a tu enfermo. Sea tu mejor ayuda que él vea con sus ojos a quien se sana a sí mismo.

Mil senderos existen que aún no han sido nunca recorridos; mil formas de salud y mil ocultas islas de la vida. Inagotados y no descubiertos continúan siendo siempre para mí el hombre y la tierra del hombre.

¡Vigilen y escuchen, solitarios! Del futuro llegan vientos con secretos aleteos; y a oídos delicados se dirige la buena nueva.

Ustedes los solitarios de hoy, ustedes los apartados, un día deben ser un pueblo; de ustedes, que se han elegido a ustedes mismos, debe surgir un día un pueblo elegido y de él, el superhombre.

¡En verdad, en un lugar de curación debe transformarse todavía la tierra! ¡Y ya la envuelve un nuevo aroma, que trae salud; y una nueva esperanza!

3

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras calló como quien no ha dicho aún su última palabra; largo tiempo sopesó, dudando, el bastón en su mano. Por fin habló así: (y su voz se había cambiado).

¡Ahora yo me voy solo, discípulos míos! ¡También ustedes se van ahora solos! Así lo quiero yo.

En verdad, éste es mi consejo: ¡Aléjense de mí y guárdense de Zaratustra! Y aun mejor: ¡avergüéncense de él! Tal vez los ha engañado.

El hombre del conocimiento no sólo tiene que poder amar a sus enemigos, tiene también que poder odiar a sus amigos.

Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo. ¿Y por qué no van a deshojar ustedes mi corona?

Ustedes me veneran, pero ¿qué ocurrirá si un día su veneración se derrumba? ¡Cuiden de que no los aplaste una estatua!

¿Dicen que creen en Zaratustra? ¡Mas qué importa Zaratustra! Ustedes son mis creyentes, ¡mas qué importan todos los creyentes!

No se habían buscado aún a ustedes: entonces me encontraron. Así hacen todos los creyentes: por eso vale tan poco toda fe.

Ahora les ordeno que me pierdan a mí y que se encuentren a ustedes; y sólo cuando todos hayan renegado de mí volveré entre ustedes.

En verdad, con otros ojos, hermanos míos, buscaré yo entonces a mis perdidos; con un amor distinto los amaré entonces.

Y todavía una vez deben llegar a ser para mí amigos e hijos de una sola esperanza; entonces quiero estar con ustedes por tercera vez, para celebrar con ustedes el gran mediodía.

Y el gran mediodía es la hora en que el hombre se encuentra a mitad de su camino entre el animal y el superhombre y celebra su camino hacia el atardecer

como su más alta esperanza: pues es el camino hacia una nueva mañana.

Entonces el que se hunde en su ocaso se bendecirá a sí mismo por ser uno que pasa al otro lado; y el sol de su conocimiento estará para él en el mediodía.

“Muertos están todos los dioses: ahora queremos que viva el superhombre”, ¡sea ésta alguna vez, en el gran mediodía, nuestra última voluntad!

**Así
hablaba
Zaratustra**

**se terminó de editar en octubre de 2018
en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco**

**Mariana Hernández Alvarado
Cuidado editorial**

**Sol Ortega Ruelas
J. Daniel Zamorano Hernández
Pablo Ontiveros
Diseño y diagramación**